
MAS ALLA del SOL
GEORGE
H. WHITE
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO
JOSÉ
LUIS

George H. White

MÁS ALLÁ DEL SOL

■

EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA

Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

CAPÍTULO PRIMERO

Una extraña ansiedad dominaba al doctor Arthur Welby cuando el avión que había tomado a bordo en Washington empezó a descender sobre el aeródromo de White Sands (nuevo México). La circunstancia de saber casi hasta el detalle lo que allí abajo esperaba no atenuaba lo más mínimo esta sensación de infantil curiosidad. Los periódicos, las revistas y la radio de todo el mundo habían estado informando durante años de los continuos y rápidos avances de los preparativos para la primera expedición interplanetaria del hombre. Esto no obstante, Arthur Welby sentía palpitar aceleradamente su corazón cuando su compañero de asiento, el profesor Henry Keystone, le señaló a través de los cristales de la ventanilla unos extraños husos metálicos que se erguían en el horizonte, medios velados por la neblina vaporosa que el ardiente sol de Nuevo México levantaba de las blancas arenas del desierto. —Aquellos son algunos de nuestros cohetes de tres pisos preparados para el lanzamiento. Los cohetes no parecían muy grandes desde aquella altura. Sin embargo, Welby sabía que cada uno de ellos pesaba 6.500 toneladas y era tan alto como un rascacielos. El gigantesco Superconstellation de las Fuerzas Aéreas norteamericanas dio una vuelta completa al aeródromo para enfilar la interminable pista de cemento cuyo firme descansaba directamente sobre la arena del desierto. White Sands, que hasta poco antes sólo era un polígono de pruebas de las armas cohete de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos, habíase convertido a la sazón en el centro geográfico del interés y la curiosidad mundiales. Un año de interminables reuniones y discusiones había sido necesario antes que los Naciones Unidas llegaran, por primera vez en la historia de su existencia, a un acuerdo unánime y definitivo. La expedición a Marte era necesaria y en ella iban a colaborar por vez primera el capital, la técnica, el personal y el material de los Estados Unidos y la Unión Soviética, con una modesta aportación, a veces puramente simbólica, de otras naciones como Gran Bretaña, Francia, Italia, Holanda, Bélgica, Yugoslavia, Canadá, Suecia, Japón y España. Seis años atrás, uso muchachos piel roja de la Reserva Navaja del Estado de Arizona, al internarse en el desierto en busca de uranio, habían descubierto fortuitamente un platillo volante, al parecer abandonado, en una profunda garganta del accidentado y escasamente poblado territorio indio. De aquel sensacional descubrimiento, a través de una serie de extrañas circunstancias, saltó al fin el acuerdo de las Naciones Unidas de reunir medios y dinero para fletar la primera expedición por el Éter. Pero es imposible hablar de esta expedición sin mencionar los extraños sucesos que desembocaron en ella. El doctor Arthur Welby, el

mismo que en estos momentos se disponía a tomar tierra en el aeródromo de White Sands, se encontraba en Cedar Ridge por la fecha en que los muchachos de aquel tranquilo poblado realizaron su sensacional hallazgo. La misma noche y aproximadamente a la misma hora en que los chiquillos descubrían el platillo volante, el doctor Welby operaba de una perforación de estómago a una mujer que había llegado con su marido en busca de auxilio. Aunque no lo supo hasta dos días después y en circunstancias dramáticas, aquella mujer y aquel hombre eran los tripulantes del platillo volante abandonado. Habían aterrizado, precisamente, para que su miembro femenino fuera en busca de un médico apresuradamente. Poco después de haber terminado felizmente la operación de aquella mujer, Arthur Welby marchaba personalmente a donde se encontraba posado el platillo volante y tenía el honor de ser el primer hombre de la Tierra que penetraba en la fantástica nave del espacio. Aquí, sin embar go, convendría hacer una aclaración. No podía probarse de una manera definitiva a la vez que categórica que el platillo volante fuera precisamente una nave interplanetaria. El O.V.D. (platillo volante), aunque deshabitado cuando Welby lo exploró, encerraba pruebas inequívocas de haber estado tripulado muy recientemente por seres de idéntica naturaleza al terrestre. Esto fue fácil de deducir por el aspecto y distribución general de la cabina de la nave y, más específicamente, por la forma de los muebles, la hechura de las ropas y el calzado, las características de los objetos y la naturaleza de los alimentos hallados a bordo. Los tripulantes del platillo volante, según todas las muestras, eran seres humanos idénticos a los habitantes de la Tierra. Ahora bien; la Ciencia negaba la posibilidad de que entre los millones de mundos donde la vida era teóricamente posible existieran seres idénticos en naturaleza, aspecto y sentimientos al terrícola. Esto refiriéndose a mundos lejanos. Porque en tocante a los planetas hermanos de la Tierra: Mercurio, Venus y Marte, las probabilidades de encontrar en ellos criaturas de inteligencia superior idénticas a las de la Tierra eran, no ya remotas, sino completamente imposibles. Así pues, los sabios y expertos en todas las ramas de la Ciencia que fueron a examinar el platillo volante se encontraron frente a un terrible problema. Porque si la tripulación no podía ser de otro mundo que de la propia Tierra, el aparato poseía a su vez características que no podrían en modo alguno pertenecer a una máquina en este mundo. Los accidentes ocurridos cuando el extraño artefacto estaba ya sitiado por las fuerzas de Tierra y Aire, impidieron conocer origen y propósito de los supuestos astronautas o simples extranjeros. En este desconcierto general, el joven doctor Arthur Welby creyó hallar la fórmula conciliatoria entre la Ciencia y la Técnica. Puesto que el O.V.D. no podía proceder de ningún otro planeta que no fuera la misma Tierra, y descartando a la

Tierra como posible originaria de la máquina misteriosa, por fuerza debía haber en alguna parte un planeta de características idénticas a las de la Tierra, habitado por una Humanidad hermana de la terrícola. Y Welby, por cierto, no necesitó ir muy lejos para encontrar a este invisible sosia de la Tierra. Según él, el planeta del cual procedía el O.V.D. tenía que estar forzosamente al otro lado del Sol, girando alrededor de éste a la misma distancia y velocidad que lo hacía la Tierra. Pero como los dos planetas estaban en continua oposición, mediando siempre entre ambos la gigantesca masa del Sol, los habitantes de la Tierra jamás podían verlo, de la misma forma que los habitantes de aquel planeta tampoco podían ver a la Tierra. La teoría del doctor Welby, como era de esperar, levantó una tormenta de diatribas en donde unos negaban categóricamente, y otros admitían la posibilidad de que fuera cierta. Desgraciadamente, la única forma de salir de dudas consistía en ir personalmente allá, o bien a otro planeta, por ejemplo Marte, desde el cual se alterara la perspectiva y fuera posible ver lo que jamás se vería desde la misma Tierra. Pero una cosa era hablar de ir allá y otra muy distinta salir del foso de la atmósfera terrestre para alcanzar el espacio sideral. No sólo la fuerza de gravedad de la T ierra, la insuficiencia de medios económicos y la misma debilidad de la criatura humana se oponían al largamente soñado viaje del terrícola al espacio. Para acometer tan magna empresa se necesitaba alrededor de 30.000 millones de dólares, cantidad que ninguna nación, ni siquiera la rica Norteamérica, estaba dispuesta a aportar por sí sola. Pero lo que un país solo no podía realizar era susceptible de ser emprendido por una comunidad de naciones. Al fin y al cabo, si existía un mundo cercano y en él una segunda humanidad, a todas las naciones terrestres interesaba averiguar las intenciones que animaban a sus vecinos cuando enviaban a sus platillos volantes a la Tierra dentro del mayor sigilo y misterio. Entendiéndolo así, las Naciones Unidas reconocieron unánimemente el interés común en la exploración del espacio existente más allá del Sol y se ofrecieron en la medida de sus fuerzas para financiar la expedición. Así fue como el viaje del Hombre al espacio, empresa que por el camino normal hubiera tardado decenas de años en ser intentada, recibió súbito y formidable impulso y se aprestó en cinco años gracias a la idea de un doctorcillo norteamericano que, aparte de dar a conocer su nombre y su fisonomía, metió a toda la Humanidad en un brete para salir del cual habrían de gastarse la friolera de 30.000 millones de dólares. Como reiteradamente dijeron los periódicos: “Esta es la ocurrencia más cara de cuantas ha tenido que pagar el mundo”. Y, verdaderamente, la ideílla del doctor Arthur Welby iba a salirles a las Naciones Unidas por un ojo de la cara. Especialmente a los Estados Unidos y la Unión

Soviética, quienes corrían conjuntamente con cerca del 85% delos gastos totales de la expedición y aportaban de hecho todos los conocimientos existentes acerca de proyectiles dirigidos, motores cohete y combustibles. Para el mundo era un espectáculo completamente nuevo este de ver a rusos y norteamericanos trabajando juntos en una empresa internacional. Bien era cierto que los dos irreconciliables contrincantes no dejaban de gruñir y enseñarse los dientes uno a otro a cada lado del banco de trabajo. Pero esto, como muchas otras cosas que hasta entonces agitaron la cotidiana actividad terrestre, iba camino de concluir en cuanto los arriesgados expedicionarios echaran un vistazo a lo que se escondía más allá del Sol. Si la idea del doctor Welby resultaba infundada, si no existía en el Reino del Sol una segunda Tierra con una humanidad idéntica a la terrestre, el origen de los platillos volantes habría que buscarlo en un mundo enormemente lejano. En el planeta Tierra, las razas, los pueblos y las ideologías proseguirían su curso normal chocando como hasta entonces. Pero si la teoría del doctor Welby resultaba cierta y se comprobaba la existencia de otro mundo hasta entonces ignorado, la Humanidad terrícola tendría que nivelar sus diferencias y olvidar sus rencillas para unirse en bloque frente a la amenaza de un posible agresor. Cuando el Superconstellation del Mando Aéreo Norteamericano aterrizó en White Sands, una interminable fila de aeroplanos con las banderas de cadi todos los países del mundo estaban alineados a un lado de la pista. En el mismo avión que Arthur Welby venían también cierto número de senadores, generales, almirantes, sabios e investigadores norteamericanos. Toda aquella gente acudía a White Sands para presenciar el despegue de los cohetes que iban a inaugurar una nueva Era en la historia del progreso; aquella en que el Hombre, saliendo por primera vez del foso de la gravedad terrestre, abandonaría el planeta para adentrarse en los inmensos espacios intersiderales. Cualquiera creería, deduciendo de la importancia que se daba a este acto, que las blancas arenas del desierto de Nuevo Méjico se engalanaban con gallardetes y guirnaldas para despedir a los intrépidos astronautas entre clamores de aplausos, vítores de muchedumbres y vibrante sonar de bandas de música. Pero nada estaba más lejos de este cuadro como la propia realidad. En White Sands la calma era perfecta cuando el grupo del que formaba parte Arthur Welby descendió del aeroplano que le trajo desde Washington. La gente se movía con plena normalidad y no se escuchaban mas ruidos que los propios de un gran aeródromo en plena actividad. No se veían por parte alguna guirnaldas ni gallardetes. No iba a haber despedida a lo Julio Verne, con discursos, saludos, aplausos ni clamores de multitud. Porque aunque los cohetes despegarían, los astronautas no iban a abandonar la firme corteza del

planeta aquel día, ni cuando lo hicieran sería en grupo y todos al mismo tiempo. En la realidad, una expedición interplanetaria era algo muy distinto a lo imaginado por infinidad de escritores fantásticos. Estos habían coincidido invariablemente describiendo la partida de una sola aeronave con un reducido grupo de personas entre el delirante entusiasmo de una multitud reunida en el punto de despegue para aclamar a los héroes que iban a ofrecer a su país la conquista de Marte. En la práctica, una expedición interplanetaria implicaba una serie de complejos problemas para resolver los cuales eran necesarios los esfuerzos aunados de gran número de naciones aportando sumas cuantiosas de dinero, así como experiencia y conocimientos en las diversas ramas de la Ciencia. Ya Cristóbal Colón llevaba tres carabelas cuando emprendió su viaje hacia el Nuevo Mundo, y el relato de sus aventuras demostraba que jamás hubiera regresado a España de haber emprendido la expedición con un solo barco. Fácilmente se echaba de ver que para una exploración al espacio se exigía una expedición equipada con mucha mayor grandiosidad. No una, sino diez astronaves con una dotación total de 70 personas iban a ser las que, después de infinitos gastos y trabajos, emprenderían el viaje definitivo hasta Marte. Y la expedición no partiría de la misma superficie de la Tierra, sino de una órbita de satélite situada a 1.730 kilómetros de altura, donde serían montadas las diversas partes de las astronaves después de haber sido elevadas a aquella altura por cien cohetes de transporte con un millar de ascensiones. En este millar de ascensiones, los 100 cohetes de “tres pisos” gastarían ¡280 millones de toneladas de combustible!. No se trataba de los carburantes normales para motores de aviación sino de ácido nítrico e hydrazin. Así concebida la expedición a Marte, las proporciones gigantescas del material empleado abrumaban el humano sentimiento de emoción en la partida. La primera ascensión de los cohetes no significaba el comienzo de la expedición propiamente dicha, sino algo parecido a la colocación de la primera piedra de un edificio de proporciones gigantescas. El día en que el edificio estuviera completamente terminado y en condiciones de ser habitado quedaba todavía bastante lejos. Cuestión de un año, sobre poco más o menos, trabajando día y noche sin perder un solo segundo. Esto lo sabía bien Arthur Welby el día que aterrizó en el aeródromo de White Sands, como así mismo era conocido por todos cuantos se disponían a asistir al acto inaugural. Sin embargo, y a falta de verdadera emoción, un sentimiento de auténtica admiración se adueñaba del ánimo del joven médico. Todo cuanto veía a su alrededor era nuevo, reciente, audazmente concebido. El aeródromo podía catalogarse entre los mayores, o quizás era el mayor de cuantos existían en el mundo. Sus pistas de cemento y acero, enormemente anchas, se perdían de vista tras el combado horizonte.

Infinidad de vías férreas y carreteras cruzaban las arenas del desierto en todas direcciones poniendo en comunicación la línea principal de Alamogordo con las diversas dependencias recientemente construidas; aeródromo, plataformas de lanzamiento, puestos de observación, talleres de montaje y reparaciones, fábricas de combustible y gigantescos depósitos subterráneos donde se almacenaban auténticos lagos del costoso carburante líquido para cohetes. —Algún día, cuando dispongamos de la energía atómica para propulsar nuestros cohetes, los viajes interplanetarios no ofrecerán apenas más dificultades que las existentes hoy día para trasladarse de Nueva York a Londres —contestó el profesor Keystone—. Pero mientras tanto, y siempre que el Hombre se proponga abandonar el foso de la gravedad terrestre, tendrá que recurrir a este complicado sistema y pagar a muy alto precio la elevación de cada kilogramo de peso hasta más allá del campo de atracción del planeta. Los ocupantes del automóvil guardaron silencio al aproximarse a los cohetes listos para ser disparados. El ánimo de la criatura humana se deprimía a la vista de estos monstruosos proyectiles, cada uno de los cuales tenía alrededor de cien metros de altura; es decir, las dimensiones de un rascacielos corriente. Los grandes camiones cuba que se movían alrededor de los husos metálicos, pintados a grandes cuadros blancos y negros como un tablero de ajedrez, parecían de juguete. La caravana se detuvo al pie de un cerro que estaba horadado en todas direcciones por los túneles que conducían a las cámaras subterráneas de lanzamiento. En realidad, los pasillos y las cámaras de cemento armado habían sido construidos antes, cubriéndoseles luego con una montaña de arena. Al descender del automóvil, Arthur Welby se encontró rodeado de las miradas de todos los asistentes al acto. Welby no conocía apenas a media docena de los personajes que habían hecho el viaje en su compañía. Sin embargo, sus facciones eran harto conocidas no sólo por las personas allí congregadas, sino también por centenares de millones de seres hasta quienes había llegado su imagen por millares de fotografías, documentales cinematográficos y programas de televisión. Arthur Welby podía presumir de ser la persona que gozaba de mayor popularidad en el mundo. De hecho, las discusiones en el seno de las Naciones Unidas, la decisión de organizar una expedición al espacio, los miles de millones invertidos en esta empresa gigantesca y la misma presencia allí de los cohetes y los curiosos se debían única y exclusivamente a él. Si Welby no hubiera tenido la idea de suponer a un nuevo e ignorado mundo girando siempre por detrás del Sol, el origen de los platillos volantes se hubiera atribuido a otros distantes planetas y la Humanidad terrícola no habría considerado como elemental regla de precaución salir de su propio planeta para buscar otro mundo donde nadie había imaginado jamás. Cuando Welby se

apeó del automóvil, una columna de gente, entre la que abundaban sobremanera los uniformes militares de todos los países del mundo, se encaminaba hacia una de las amplias entradas a los refugios subterráneos. Uniéndose a esta comitiva, el profesor Keystone y Welby llegaron a una amplísima nave enterrada bajo la montaña de arena. La sala tenía todo el aspecto de un cinematógrafo con sus hileras de butacas, su pequeño escenario y hasta una pantalla. En realidad se trataba de una sala de proyecciones. Precisamente al pie de la pantalla se encontraba un grupo de personas entre las que destacaba la rubia cabeza de una mujer. —Ahí tiene usted a la famosa Venus Interplanetaria —señaló Keystone con los ojos. —¿Se refiere a la profesora Michailov? —preguntó Welby. —Sí. Venga, se la voy a presentar. Welby observó a la mujer con curiosidad. La cabeza de ésta destacaba sobre la mayoría de los cráneos pelados de sus colegas, a quienes su gran sabiduría parecía haber impedido que crecieran mucho. Tenía los cabellos rubios, pero de un rubio tirando a gris, más bien ceniciento. Al acercarse a ella, Welby comprobó que su rostro no desmerecía en nada a las fotografías que de ella había visto en la prensa, ni mucho menos al apelativo de Venus Interplanetaria con que habíanla bautizado los periodistas yanquis por antonomasia. Miroslava Michailov era realmente una mujer guapa, de una belleza extraordinaria, aunque notoriamente fría. Sus facciones, de una corrección poco común, tenían la marmórea impasibilidad de las bellas estatuas griegas. Nada parecía capaz de alterar la serena pasividad de sus músculos ni la expresión helada de sus grandes ojos verdes. Nadie la vio reír nunca. La presencia de la señorita Michailov en el equipo ruso que debería ir a Marte no estaba del todo clara. Aunque tenía el título de profesora en matemáticas, no se trataba precisamente de una eminencia entre las eminencias de su profesión. Había, sin duda, en la Unión Soviética infinidad de hombres más capaces que ella para ocupar su puesto en la expedición. Pero aquellos matemáticos rusos no podían competir en belleza con la señorita Miroslava Michailov, sin género de dudas. La prensa norteamericana, tan aficionada a lanzar suposiciones aventuradas, había lanzado el slogan de que la bella profesora no tenía más misión que apoderarse de la voluntad de los científicos cuando éstos, después de varios meses sin ver a una mujer, repararan en la juventud y la belleza de la matemática rusa. De esta forma, decían las malas lenguas, la notoria minoría del grupo eslavo quedaría compensada por la influencia psicológica que la bella astronauta podía ejercer sobre los miembros masculinos de la expedición. Los equipos británico y norteamericano, que juntos formaban la mayoría de la expedición, habían protestado reiteradamente de la inclusión de esta mujer entre los expedicionarios. Pero los rusos se mantuvieron firmes en su decisión, acabando por

vencer a la oposición anglosajona con aquella su tradicional obstinación que no admitía reflexiones ni discusiones de ningún género. Todas estas habladurías estaban presentes en el ánimo del doctor Welby y pesaban sin duda sobre su libre apreciación en el momento de ser presentado a la hermosa Venus Interplanetaria. —La profesora Miroslava Michailov. El doctor Welby —dijo Keystone. Los grandes ojos verdes se clavaron en el rostro de Welby. —¿El descubridor de la nueva teoría tras-solar? —preguntó la profesora en un inglés sin tacha. —El mismo —respondió Welby, un poquillo receloso por aquello de "descubridor". —He visto su nombre en la lista de los setenta futuros expedicionarios que irán a Marte —dijo la bella. Y luego preguntó con brusquedad: —¿Por qué cree que se le ha favorecido a usted con esa designación entre tantos aspirantes al puesto de médico de la expedición? —Pues... no sé —repuso Welby sorprendido por la pregunta—. Tal vez porque hay mucha gente que me cree un embustero. No sería muy bien visto que el autor de tanto alboroto emulara las hazañas de aquel fabuloso Capitán Araña, que embarcaba a la gente en peligrosas aventuras y se quedaba tranquilamente en tierra firme. —Entonces habrá tenido usted que hacer uso de su influencia. Tengo entendido que su padre es senador. Welby quedó unos instantes paralizado por la sorpresa. —Bueno —dijo finalmente con una sonrisa irónica—. Ha habido algo de competencia para conseguir este puesto. Supongo que, poco más o menos, otro tanto le habrá ocurrido a usted. Ninguno de los dos tenemos fama de ser de lo más competente en nuestras respectivas especialidades. El profesor Keystone, alarmado por el giro que iba tomando la conversación, tiró suavemente del brazo de Welby. Los grandes ojos verdes de la señorita Michailov habíanse quedado fijos en los grises y desafiantes del joven doctor. —He tenido mucho gusto, doctor Welby —murmuró la bella secamente. Y le volvió la espalda para ponerse a hablar en ruso con sus colegas. Keystone se llevó a rastras a su amigo hasta una prudencial distancia. —Esa profesora podrá ser muy guapa, pero no será por su simpatía por lo que más destaque en ninguna parte —refunfuñó Welby. Y el biólogo contestó: —Déjenla en paz. Ya hemos tenido bastantes choques con los rusos. No es sensato que la discordia reine entre un pequeño grupo de personas que se disponen a embarcar en una misma peligrosa empresa. ¿Quién sabe lo que puede ocurrir, ni si los que aquí en la Tierra se miran como enemigos no tendrán que prestarse mutua ayuda allá en Marte? El diálogo de los dos hombres fue interrumpido por el grito de un potente altavoz: —¡Atención! Se ruega a la distinguida asistencia que ocupe sus butacas y guarde silencio mientras el profesor Wernher von Papp explica la maniobra del lanzamiento que tendrá lugar dentro de cuarenta minutos. Welby observó entonces que cada

fila de butacas tenía un cartelito anunciando la nacionalidad de sus ocupantes. Estos disponían de sendos juegos de auriculares conectados con un grupo de intérpretes que ocupaban una cabina a cada lado del pequeño escenario. El profesor Von Papp, alto, seco, melenudo y venerable, subió al escenario entre los discretos aplausos de la concurrencia. Von Papp, que había sido uno de los creadores de la famosa V-2 alemana y trabajaba para los Estados Unidos desde que terminó la guerra, saludó inclinando su cabeza despeinada a lo Einstein e hizo una seña hacia la caseta del proyector cinematográfico. En la pantalla apareció en proyección uno de los gigantescos cohetes de tres pisos. Von Papp asió un largo puntero y empezó a explicar las principales características del cohete. El cohete, sin aletas estabilizadoras, medía 85 metros de altura, con un diámetro de 20 y un peso, al despegar, de 6.400 toneladas. —De éstas —dijo el profesor —, cinco mil seiscientas toneladas son de combustible. Luego, señalando en toda su longitud el proyectil, añadió: —Como ustedes habrán observado, el cohete tiene tres diámetros diferentes, cada uno de los cuales corresponde a uno de los tres cohetes que forman el conjunto. Al elevarse éste trabajan solamente los motores del cohete que vaya quedando el último. Los dos cohetes inferiores se desprenden durante el ascenso y vuelven a tierra, donde son recogidos para volverse a utilizar en otras ascensiones. El tercer cohete llega con su carga a la órbita de satélite y una vez descargado por control remoto, vuelve a tierra en calidad de planeador. El profesor hizo una pausa para que los operadores cambiaran la proyección. En la pantalla apareció un cohete en corte esquemático. Von Papp explicó que se trataba del cohete soviético Gorki, al cual le había sido conferida la tarea de elevar a los otros dos hasta 320 kilómetros de altura para que, a partir de aquí, siguieran ascendiendo por sus propios medios. Von Papp dijo que los motores del Gorki consistían en 8 reactores modelo 103, de una potencia de dos millones de caballos cada uno de ellos. Cada uno de estos motores pesaba, aproximadamente, lo que dos automóviles juntos. Una llama de 50 metros de longitud escapaba por la tobera de estos motores, alcanzando una temperatura de 2.500 grados y estando sometido a una presión interior de 45 atmósferas. La proyección fue sustituida por la vista en sección del proyectil alemán V-2, del cual explicó Von Papp sus principales características sin entrar en cifras y detalles minuciosos que, por lo mismo que no serían comprendidos por la inmensa mayoría de los asistentes, habrían de fatigar la atención de éstos. Después del famoso V-2 alemán ocupó la pantalla el Wac Corporal norteamericano. Este, destinado a ganar la órbita de satélite y servir de transporte, era bastante más complicado que los demás. Una vez situado en la órbita de satélite, el Wac Corporal abría su proa por un sistema análogo al de los grandes

aeroplanos de transporte. Un pequeño retraso en la velocidad orbital, conseguido por control remoto desde la misma base de White Sands, hacía que la carga del cohete, impresa de la velocidad de inercia, se saliera del fuselaje del cohete u continuara girando alrededor de la tierra describiendo una órbita de satélite. —Los dos cohetes que han ayudado al Wac Corporal —siguió explicando el profesor a la vista de las trayectorias de los tres distintos cohetes— se desprenden cuando han consumido su combustible y caen a tierra. El Gorki llega al suelo a los cuatrocientos segundos de haber despegado y a una distancia horizontal de trescientos cuatro kilómetros del punto de salida, siendo frenado por un paracaídas anular de gasa metálica, así como por diez pequeños cohetes de pólvora. El Gorki, por lo tanto, aterrizaría en el mismo Estado de Nuevo Méjico y aproximadamente e la altura de Albuquerque. El cohete del segundo piso, inspirado en la V-2 alemana, llegaría a tierra a los 8 minutos de partir y a distancia horizontal de 1.459 kilómetros del punto de partida, en el Estado de Montana. Como las trayectorias de descenso serían siempre las mismas, los cohetes aterrizarían dentro de una zona relativamente pequeña, ya delimitada, donde serían recogidos y llevados de nuevo a White Sands. El tercer cohete, mientras tanto, habría llegado a la órbita de satélite. A 1.730 kilómetros de altura el cohete no necesitaba más que una velocidad de 7,07 kilómetros por segundo para, llevado de la fuerza centrífuga de su giro, no caer de nuevo hacia la Tierra. Se encontraba allí en igual estado de equilibrio que la Luna con relación a la Tierra y se habría convertido en un satélite artificial. Para volver a tierra después de haber abandonado su carga en la órbita del satélite, al cohete del tercer piso le bastaba con retrasarse un poco en la mencionada órbita, lo cual se conseguía con una docena de cohetes relativamente pequeños vueltos en dirección inversa a la de la marcha del aparato. El Wac Corporal desplegaba entonces sus grandes planos sustentadores retráctiles y llegaba así a una elipse de aterrizaje que iba recorriendo con velocidad creciente. A 80 kilómetros de altura, después de llevar cayendo 51 minutos, habría alcanzado una velocidad de 8,27 kilómetros por segundo. Entonces se hacía sentir la resistencia del aire al penetrar en una atmósfera cada vez más densa. Después de una hora, el cohete, convertido en planeador, frenaba hasta que su velocidad era solamente igual a la del sonido. Para entonces habría recorrido ya 21.971 kilómetros y pocos minutos después sobrevendría el aterrizaje. El Wac Corporal, desde que abandonaba la órbita de satélite hasta tocar tierra, habría volado alrededor de la Tierra durante dos horas. En este tiempo, el cohete habría efectuado con exactitud una vuelta completa al planeta y aterrizaría en el mismo punto de partida; es decir, en el gigantesco y recientemente construido aeródromo para cohetes de este tipo en

White Sands. Los tres cohetes habían regresado a tierra y en el espacio quedaba girando en una órbita de satélite, a 1.730 kilómetros de altura, la carga transportada por el cohete del último piso. La maniobra habría terminado... hasta que volviera a comenzar. —Cuando nuestros cien cohetes de tres pisos hayan realizado un total de mil ascensiones —dijo el profesor Von Papp— tendremos en la órbita de satélite que nosotros llamaremos órbita de salida, todo el material necesario para, una vez reunido, emprender el viaje definitivo al planeta Marte. Grandes aplausos premiaron la inteligente disertación del sabio alemán. Los altavoces anunciaron a la concurrencia que se aproximaba el instante en que serían lanzados los primeros cohetes. Aquellos que desearan presenciar el acto por televisión podrían quedarse en la sala para verlo proyectado en la pantalla. La mayoría de los invitados, sin embargo, debieron considerar que no merecía la pena haber venido de tan lejos para ver por televisión un acto que igualmente hubieran podido presenciar por este sistema sin moverse de sus casas. Toda esta gente abandonó la sala de proyección y se internó en grupos por el intrincado dédalo de corredores en pos de los guías. Welby y el profesor Keystone se unieron a uno de estos grupos para ir a parar a un lóbrego corredor de cemento en una de cuyas paredes, de más de un metro de espesor, se abrían interminables filas de aspilleras estrechas como rendijas. Mirando por una de estas ranuras, Welby y Keystone pudieron ver a corta distancia uno de los gigantescos cohetes listos para despegar. El resto de los proyectiles estaban esparcidos en una gran extensión de terreno alrededor de la montaña de arena. —¡Faltan diez minutos para el lanzamiento! —gritaron los altavoces. Y al cabo de un rato: —¡Faltan cinco minutos! A partir de este instante los altavoces empezaron a contar al revés: —¡Cuatro minutos! —¡Tres minutos! —¡Dos minutos! Los hombres aplastaron nerviosamente los cigarrillos y fueron a pegar los ojos a las ranuras practicadas en el muro de cemento. Los altavoces desmenuzaron el último minuto: —¡Cincuenta segundos... cuarenta y nueve... cuarenta y ocho... cuarenta y siete... cuarenta y seis...! Allá afuera el inclemente sol de Nuevo Méjico reverberaba sobre las blancas arenas del desierto quemando las pupilas de los observadores. —Treinta y cinco... treinta y cuatro... treinta y tres... treinta y dos... treinta y uno... treinta... Un silencio aplastante lo dominaba todo. Ni un ser viviente se movía allá en el desierto. Los gigantescos husos metálicos, cada uno de los cuales albergaba en sus entrañas un lago de líquidos altamente inflamables, distaban mucho de parecer máquinas destinadas a elevarse en el espacio. Más bien parecían macizas torres metálicas condenadas a no moverse jamás del suelo donde estaban firmemente asentadas... Los altavoces seguían contando inexorablemente los últimos segundos: —Seis... cinco... cuatro... tres...

dos… ¡fuego! Escuchóse un trueno terrorífico. Tembló el suelo. Las paredes trepidaron como sacudidas por un terremoto, en tanto se desprendían del techo finos chorrillos de arena y astillas de cemento. Un torbellino de llamas, de humo y de polvo se levantó de la base del cohete que Welby veía a través de la mirilla. Con majestuosa lentitud el proyectil empezó a elevarse en el aire… muy despacio primero, con acelerada rapidez en las siguientes fracciones de segundo. Parecía mentira que aquel monstruoso proyectil pudiera separarse del suelo. Sin embargo lo hizo. No él, sino todos los cohetes despegaron en una apoteosis de llamas, de polvo y de ruido ensordecedor dejando en el cielo azul sendos rastros de fuego. Breves segundos más tarde se perdían de vista en la inmensidad de la bóveda celeste. Y unos minutos después, antes que los espectadores se hubieran repuesto de la impresión, la Tierra contaba con medio centenar de nuevos satélites artificiales.

CAPÍTULO II

A partir del día siguiente, los 70 futuros astronautas reunidos en White Sands empezaron a asistir a una especie de cursillo preparatorio, en donde cada uno de los científicos que componían la expedición tomaba por turno la palabra para instruir a sus compañeros en el tema que constituía su propia especialidad. Como en una acción de guerra bien preparada, todos los componentes de la expedición debían conocer los movimientos que se ejecutarían desde el instante que se acomodaran en los cohetes de tres pisos hasta su problemático regreso a la Tierra. La etapa más difícil, sin duda alguna, era aquella en que los astronautas, enviados a 1.730 kilómetros de altura, se reunirían con las diversas partes de su equipo situados en la órbita de salida. En la órbita de salida u órbita satelitaria, las fuerzas de gravitación eran nulas. Los hombres tendrían que vivir encerrados en sus herméticas escafandras y trajes de presión mientras ensamblaban las piezas de sus astronaves y sólo podrían desprenderse de estos trajes en el interior de las cabinas estancas que les servirían de refugio para descansar, comer y dormir. Mientras los astronautas recibían instrucción, la actividad era incesante en White Sands. Calculando el tiempo con exactitud de segundos, los técnicos siguieron efectuando sus disparos de cohetes apuntando al material que ya estaba girando en la órbita de satélite. Los cohetes del tercer piso o cohetes orbitales, luego de abandonar su carga en la órbita de satélite, emprendían su largo planeado alrededor de todo el mundo para regresar a su punto de partida por el Sur. Cuando los planeadores se encontraban todavía sobre territorio de Méjico empezaba una de las etapas más emocionantes de aquella gigantesca empresa. Dos bombarderos a reacción B-47 por cada cohete planeador despegaban de una base del canal de Panamá y, volando casi a la velocidad del sonido, emprendían tenazmente la persecución de su cohete. En cada B-47, el intrincado mecanismo lanzabombas y los demás aparatos electrónicos innecesarios habían sido sustituidos por un mecanismo de control remoto por radio. Cuando los bombarderos localizaban por radar a su cohete, cada avión se apoderaba de los mandos del planeador previamente asignado a su custodia y empezaba a darle órdenes por radio. Teniendo en cuenta que cada planeador cohete representaba una suma enorme de dinero, a la vez que un artefacto de larga y difícil fabricación, se comprendía inmediatamente el interés en recuperarlos en buen estado. El piloto, situado en la proa del gigantesco bombardero, rodeado de múltiples aparatos electrónicos, bregaba sudando a mares para dirigir el aterrizaje del cohete planeador. Cohete y bombardero se acercaban al enorme aeródromo

de White Sands volando sobre casi todo Centro América. Moviendo palancas y sin perder de vista un centenar de distintos indicadores, el piloto situado a bordo del aeroplano conducía al cohete hasta el punto adecuado para aterrizar en una pista de 15 kilómetros de longitud. Si el gigantesco planeador no se estrellaba, lo que ocurría algunas veces, el piloto recibía la más cordial enhorabuena de su jefe de vuelos y corría a encerrarse en un lugar apartado donde poder dar rienda suelta a un ataque de nervios. Mientras esto ocurría en White Sands, los Gorki rescatados en las proximidades de Albuquerque, en el mismo estado de Nuevo Méjico, eran desmontados por los equipos especiales y, cargados en robustos transportes automóviles especiales, despachados a White Sands por una carretera especialmente construida, con un firme calculado para resistir el peso de aquellos monstruosos vehículos. Mientras tanto, 1.400 kilómetros más al Norte, entre los verdes trigales y los campos de lino del Estado de Montana, los cohetes del segundo escalón eran a su vez recuperados, desmontados, cargados en trenes y enviados a White Sands. Reunidas en White Sands las diversas partes de cada piso eran rápida y concienzudamente repasadas, reparadas y montadas para un nuevo lanzamiento. Trabajando con toda la celeridad posible, sin perder un minuto, los cien cohetes orbitales volvían a ser disparados al cabo de un mes. Como se necesitaban un millar de ascensiones para elevar a la órbita de salida todo el material, el combustible, el equipo de investigación y el personal, era cuestión de diez u once meses reunir en la órbita de salida todos los elementos indispensables para la expedición. Se tachaba de optimistas a los que calculaban todo un año para empezar el viaje a Marte. Un año, desde luego, era demasiado tiempo para mantener fijos y en tensión los nervios de todo el mundo. Los habitantes de aquellas regiones por donde pasaba la órbita de los satélites artificiales se cansaron pronto de seguirles con la vista cuando aparecían en forma de brillantes estrellas, siempre al caer la noche o al amanecer. Hasta los periódicos, después de haber especulado tantos años sobre el mismo tema, daban señales de cansancio limitándose a consignar diariamente el número de lanzamientos y los cambios que se efectuaban en la lista de viajeros. El doctor Welby, como casi todos sus compañeros de expedición, abandonó repetidas veces la base para efectuar largos viajes a Nueva York, en donde tenía su residencia habitual. Aproximadamente una vez al mes, Welby hacía un rápido viaje hasta Nuevo Méjico. Allí encontraba siempre alguna novedad interesante. Se enteraba del número de ascensiones realizadas y de la cantidad de toneladas de material situado en la órbita de salida, Le notificaban la catástrofe acaecida a alguno de los cohetes planeadores, los cambios efectuados en la lista de viajeros y los choques, disputas y rencillas habidos o

existentes entre rusos y anglosajones. Durante medio año, el verdadero fin que perseguía la expedición se difuminó tras esta cortina de envidias, rencores y antagonismos. A veces parecía que el viaje iba a malograrse en aras de una discusión o de un incidente de los que necesariamente habían de producirse entre sabios celosos de su prestigio, técnicos que perseguían un mismo fin por procedimientos distintos y hombres de tan distintas nacionalidades. La atmósfera se despejó sin embargo cuando, después de haber transcurrido medio año y efectuarse 610 lanzamientos con pleno éxito, llegó el momento de reunir en la órbita de salida las dispersas partes de las futuras astronaves del espacio. Como médico de la expedición, Arthur Welby quiso salir hacia la órbita satelitaria con el primer equipo de montadores. Welby alegó que en ninguna parte del viaje serían tan necesarios sus auxilios como en esta etapa, ya que se ignoraba prácticamente como reaccionaría el organismo humano ante las condiciones de vida completamente anormales existentes en la órbita del satélite. En realidad, lo que Welby temía era que con los incesantes cambios de la lista alguien le suplantara en el puesto de médico de la expedición. Calculó el doctor que una vez allá arriba, y teniendo en cuenta lo caro que resultaba elevar cada kilogramo de peso hasta la órbita de satélite, se encontraría a salvo de este riesgo y convertido en candidato insustituible como pasajero de las astronaves que irían a Marte. La sugerencia de Welby fue aprobada sin discutirse. Como seis meses atrás, la Prensa y Radio de todo el mundo dieron extraordinaria publicidad a la partida de los primeros expedicionarios, los cuales, a menos que algún accidente les obligara a ello, partirían hacia Marte desde la órbita de satélite sin haber vuelto a pisar la tierra. La expedición, compuesta exclusivamente de mecánicos e ingenieros, se preparó para la marcha. Esta quedó fijada para el mediodía de un asoleado domingo de invierno, poco después de Navidad. Los expedicionarios se despidieron de sus familiares y amigos y, como reos en capilla, fueron recluidos en un apartado recinto donde escucharon las últimas instrucciones y vistieron sus trajes especiales de astronautas. A las 11:30 los expedicionarios, vistiendo sus abultados trajes especiales, llevando bajo el brazo las grotescas escafandras de cristal azul oscuro, salieron de su aposento y pasaron a una habitación contigua donde el Presidente les estrechó las manos uno por uno. A las 11:40, después de haberse despedido de los compañeros que unos meses más tarde habían de reunírseles en la órbita de salida, el grupo abandonó el refugio subterráneo y fue llevado en automóviles hasta el pie de los cuatro cohetes de tres pisos preparados para despegar. Un poco nerviosos permanecieron de pie junto a sus respectivos aparatos, distanciados entre sí como cosa de un kilómetro, mientras un camión-escalera idéntico a los que solían

utilizar los bomberos se acercaba a cada proyectil para facilitar el acceso hasta la cabina de los mismos. Algunos espíritus románticos, como el del doctor Arthur Welby, sentíanse entre emocionados y deprimidos al considerar que aquella sería la última vez que pisarían la firme corteza de su planeta patrio hasta que regresaran de su largo viaje por el espacio… si es que regresaban. A las 11:51, el profesor Tassone, jefe de la expedición a Marte, emprendió el regreso al refugio de cemento después de haber estrechado la mano de los hombres que le iban a preceder en la salida. Walter O'Neill, jefe del grupo de ingenieros, hizo una seña con la mano. Los expedicionarios treparon por las largas escaleras hasta las cabinas situadas en el extremo de los cohetes del tercer piso. La cabina donde Arthur Welby entró en compañía de sus nueve compañeros era de forma circular y correspondía a la parte central de una esfera que estaba dividida en tres pisos. En el tercio inferior de la esfera, separado del tercio medio por un piso de plomo de varios centímetros de espesor, se alojaba el más pequeño reactor o pila construida hasta entonces por la industria norteamericana. En la parte central, la más amplia, estaba el alojamiento de la tripulación con el asiento del piloto en el centro, ante una pantalla de radar y otra de televisión, y a su alrededor cinco literas dobles entre las que quedaba un estrecho espacio para una cocina eléctrica, y otro para un lavatorio de dimensiones así mismo reducidas. En el tercio superior o tercer piso quedaba una cabina de paredes abuhardilladas y techo en forma de cúpula que servía de despensa y de pañol para el equipo de la expedición. Los diseñadores habían resuelto en parte el doble problema del peso y el espacio fabricándolo todo de titanio o aluminio. Los colchones eran de caucho y se hinchaban como neumáticos; las sillas de tubo de aluminio con asientos de tiras de plástico. La misma esfera era un globo de titanio de 8 metros de diámetro. En todos los rincones había soportes para colocar anaqueles y en el hueco existente debajo de cada litera se habían dispuesto armarios para las ropas de la tripulación. Los expedicionarios entraron en esta atestada esfera por una escotilla que se abría en su extremo superior. La escotilla conducía directamente a una angosta cámara situada en el compartimiento de víveres o paños. De esta cámara, por otra escotilla, se pasaba directamente al pañol. Y de éste, por una escalerilla de aluminio retráctil, se bajaba a la cabina de control. Ya en la cabina que habría de servirles de vivienda durante varios meses, los tripulantes cerraron la escotilla exterior y la del pañol y fueron a echarse en las literas, a las cuales se amarraron con correas y hebillas. Las gruesas paredes de la esfera y los cierres herméticos de ésta ahogaban todo sonido que se produjera en el exterior. O'Neill fue hasta el puesto del piloto y puso en marcha el aparato de radio sintonizado con el puesto de lanzamiento de la base.

Casi enseguida escucharon la voz de un locutor que preguntaba: —¿Preparados? Faltan tres minutos. —Preparados —contestó O'Neill. Y dejando el receptor encendido fue a ocupar la litera que sus compañeros le habían dejado libre. Siguió una tensa y nerviosa pausa. —¡Falta un minuto! —gritaron a través del aparato de radio. Y el operador de la cámara de mando de la base empezó a desgranar los segundos de aquel último minuto. —Cuarenta y nueve... cuarenta y ocho... cuarenta y siete... Los diez hombres encerrados en la pequeña cabina miraban al techo respirando agitadamente. —Ocho... siete... seis... cinco... cuatro... tres... dos... ¡Buena suerte! La cabina trepidó violentamente. Se experimentó un suave tirón hacia arriba. A través de las gruesas paredes llegó considerablemente atenuado el ensordecedor trueno de los motores cohete. Los astronautas sintieron como si una mano poderosa e invisible les empujara hacia abajo aplastándoles contra el somier de acero de las literas, el cual gimió bajo un peso 14 veces mayor que el de una persona normal. Sus miembros adquirieron una súbita rigidez. Un velo gris descendió sobre sus ojos... su visión fue estrechándose... Perdieron el sentido. Cuando volvieron en sí al cabo de un minuto fue como si salieran de una profunda sima con los mismos fenómenos que experimentaran al sumirse en ella. La visión fue volviendo gradual y rápidamente a sus ojos, como si las luces de la cabina, que habían seguido encendidas durante todo aquel tiempo, fueron cobrando repentino vigor después de haberse apagado por completo. Todavía sentían las piernas y los brazos rígidos. Pero a medida que se elevaban hacia la órbita de satélite las fuerzas G o gravitatorias cedían con rapidez. De no haber sido así, el corazón, incapaz de impulsar por las venas una sangre tan pesada como el plomo fundido, se hubiera paralizado sobreviniendo la muerte. Breves instantes después el cohete, habiendo dejado atrás sucesivamente al Gorki soviético y a la V-2 alemana, alcanzaba su órbita de satélite y empezaba a girar en torno a la Tierra como una pequeña luna artificial. La tripulación se encontraba ahora en el extremo opuesto del fenómeno experimentado. No pesaba absolutamente nada. Al hacer saltar los cinturones que le sujetaban fuertemente a la litera, Arthur Welby sintió por primera vez la falta de gravedad. Su cuerpo tendía a flotar en el aire como si se tratara de un globo. Uno de los mecánicos, queriendo hacerse el gracioso, se dio un pequeño impulso al abandonar una de las literas superiores y surcó suavemente el espacio moviendo los brazos como si nadara. Este improvisado nadador en seco no calculó bien el empuje que se necesitaba para volar de tan original forma, con el resultado de ir a estrellarse de cabeza contra la pared del otro lado de la cabina. Y entonces sí que rieron todos de buena gana. O'Neill fue al aparato de radio para preguntar a los tripulantes de los otros tres cohetes si se

encontraban bien. Habiendo recibido una respuesta satisfactoria comunicó a la base de White Sands el resultado de la experiencia y añadió: —Dentro de una hora, cuando hayamos dado una vuelta completa a la Tierra y volvamos a entrar en el hemisferio en que es de día, saldremos para recoger los depósitos de agua. Hasta entonces, las esferas seguían unidas al cuerpo de los cohetes que les habían elevado hasta la órbita de satélite. La tarea consistía en alcanzar al montón de piezas de aeronave que volaban por delante siguiendo la misma órbita. Se pusieron en marcha los reactores atómicos de cada una de las cuatro esferas-refugio. Estos reactores o pilas, aparte de proporcionar energía eléctrica para el alumbrado y todos los instrumentos de a bordo, proveía a las tripulaciones de oxígeno, el cual extraía por electrolisis del agua que en respetable cantidad llevaría consigo la expedición marciana. Por lo pronto, lo primero que convenía hacer era rescatar del equipo acumulado en la órbita de satélite por anteriores lanzamientos, los depósitos de agua de los que habían de extraer el oxígeno necesario para la respiración. Mientras se localizaban por radar estos depósitos, allá en la base de White Sands la profesora Miroslava Michailov y otros cuatro matemáticos hacían los cálculos para determinar el impulso que debería darse a los cohetes a fin de que éstos alcanzaran a los depósitos de agua. Esto era importante, porque cualquier nuevo impulso que se diera al cohete, por pequeño que fuera, aumentaría su velocidad. Y como esta velocidad se mantenía constante, el cohete no sólo alcanzaría a las piezas que pretendía capturar, sino que las rebasaría y dejaría atrás. Para impedirlo había que frenar de nuevo, acomodando la velocidad del cohete a la velocidad de que iban impresas las dispersas piezas de aeronave. Pero el acto de frenado tenía que ser igualmente calculado con toda exactitud. Porque si el cohete perdía velocidad se rompería el delicado equilibrio existente entre su peso, su velocidad y la fuerza centrífuga que le sostenía girando como un satélite artificial, y entonces caería como un plomo hacia tierra. Esta operación, en la que colaboraron estrechamente los pilotos de los cohetes y la profesora Michailov, estuvo terminada con pleno éxito dos horas más tarde. Para entonces, los cohetes volvían a pasar por el hemisferio en sombra de la tierra. Las tripulaciones esperaron otra hora y durante la espera realizaron una de las tareas más difíciles en aquella situación: comer. La falta de gravedad en la órbita de satélite creaba problemas que hasta entonces jamás se habían presentado a la criatura terrestre. Los platos, cacerolas y vasos iban provistos de tapaderas. Si uno levantaba imprudentemente la tapa de una cacerola, lo cual ocurrió una y otra vez hasta que los expedicionarios se acostumbraron a su nuevo estado, el contenido del recipiente escapaba como dotado de vida propia y quedaba disperso, flotando en el aire. Para beber, los astronautas

tenían que emplear perillas de goma de aspecto poco atrayente e impulsar los líquidos hasta sus gargantas. Si el agua se derramaba no iba a parar al suelo, sino que se quedaba en forma de grumos o gotas flotando en el aire en mitad de la cabina. La primera comida a bordo de un vehículo satélite resultó ser muy divertida a causa de estos fenómenos. Sin embargo, y a la larga, lo que empezó divirtiendo a los astronautas acabó siendo su peor tormento. El estómago y los intestinos encontraban serias dificultades para digerir los alimentos en estas anómalas condiciones. Al terminar de comer, los cohetes entraban en la zona terrestre iluminada por el sol. Tratándose de la primera salida, como era de esperar, todos quisieron tomar parte en ella. Welby, que no estaba dispuesto a perderse la excursión, ajustó como los demás su escafandra de cristal azul al escote de su traje de presión. Poco después salía al espacio por la estrecha escotilla de la cabina. Jamás olvidaría el doctor Welby la emoción de este instante incomparable. Convertido a su vez en satélite por ir impreso de la misma velocidad que llevaba el cohete, al abandonar el aparato quedó flotando en el vacío junto a éste, sin quedarse atrás como hubiera sido lo lógico… en la Tierra. Bajo sus pies, a 1.730 kilómetros de profundidad, la Tierra aparecía en forma de un inmenso casquete brillante dentro del cual se encerraba todo el territorio de los Estados Unidos con parte de Méjico y Canadá. Por encima de su cabeza, la Luna y las estrellas brillaban en el negro espacio diez veces más claras que como las veían los habitantes de la Tierra desde el suelo firme. Era de día. Es sol centelleaba como una moneda redonda en la profunda lobreguez del cielo, sin halo ninguno, y su luz sólo alumbraba aquella parte de los satélites artificiales que bañaba directamente. Allí, a aquella altura, Arthur Welby casi se sentía un ángel volando sobre la Tierra que escapaba bajo sus pies. Mas también sentíase deprimido, mortalmente solo en mitad de aquel silencio absoluto, que ningún ruido podría alterar jamás. Y viendo el contorno de las costas de los Estados Unidos y los oscuros océanos circundantes, su propia pequeñez le asustaba frente a la inmensidad del territorio que su vista alcanzaba confundiendo ríos y lagos, montañas y bosques, ciudades y desiertos. —¡Qué insignificantes somos! —exclamó en voz baja. Pero su exclamación, llevada por radio hasta los auriculares receptores de sus compañeros, fue escuchada por O’Neill, el cual contestó con rapidez: —Pequeños somos, mas no insignificantes. Algo es llamarse hombre y poder realizar empresas tan desproporcionadas con nuestro tamaño y la fuerza de nuestros músculos. Existen en la Naturaleza bestias más fuertes y mejor dotadas que el Hombre, sin duda. Pero ha sido el Hombre quien con su inteligencia y la potencia de su espíritu ha esclavizado a todos los demás seres de la Creación que habitan su mundo, llevando a cabo empresas para realizar las

cuales no estaba físicamente constituido. —Sí, eso es cierto — murmuró Welby. Y al volver a mirar hacia el abismo se sintió orgulloso de sí mismo y del género humano que representaba. Grande era la Tierra, y apenas nada comparada con la inmensidad del Universo donde sólo era una mota de polvo. Pero el hombre había conquistado la Tierra, y después de haber explorado y fijado en los mapas cada palmo de su propio planeta, se disponía también a surcar el espacio para visitar otros mundos lejanos. Después de este breve cambio de impresiones los obreros del espacio dieron comienzo a la tarea de capturar los grandes depósitos cilíndricos de agua. Para ello disponían de una sola hora, porque girando alrededor de la Tierra a razón de 7 kilómetros por segundo y una altura de 1.730 kilómetros, daban una vuelta completa a ésta cada dos horas. La mitad de este tiempo estaban pasando por el hemisferio terráqueo donde reinaba la noche. Y no debía ser muy agradable trabajar en la más impenetrable oscuridad en una temperatura exterior de 270 grados bajo cero. No obstante, el equipo iba preparado para soportar incluso estas bajísimas temperaturas. Sus gruesos trajes, en los que interiormente reinaba una presión equivalente a la que experimentarían en la Tierra al nivel del mar, tenían calefacción eléctrica que les proporcionaba un acumulador sujeto a la espalda junto con las botellas de oxígeno. El principal obstáculo para trabajar cuando pasaban por el hemisferio donde reinaba la noche era la oscuridad. Una oscuridad como no se conocía en la Tierra ni siquiera en las más lóbregas noches. Porque en el espacio, donde no existía atmósfera, la luz no podía reflejarse en las moléculas de aire. El ensamblaje de las distintas piezas de cada astronave había sido ideado de tal forma que pusiera ajustarse en un mínimo de tiempo y trabajo. De hecho, y como las astronaves no tenían que despegar de la Tierra ni aterrizar en Marte, no se necesitaba hacerlas ni muy complicadas ni exageradamente grandes. Cada astronave era en sí una especie de rueda de carro de grandes dimensiones. En el cubo iba colocada la cabina esférica con el reactor atómico y el alojamiento para los tripulantes. En lo que en una rueda sería la llanta iban adosados una serie de recipientes también esféricos, cuatro de los cuales eran pequeños y correspondían a los motores cohete, y los otros mayores eran simples depósitos de combustible. En los radios de estas extrañas ruedas iban otros recipientes de forma cilíndrica, la mayor porte de los cuales contenían combustible, y agua los restantes. Tanto las pequeñas esferas correspondientes a los motores como la gran esfera central que formaba la cabina podían voltear libremente sobre un eje que mandaba un engranaje, disposición que pareciendo extraña y superflua sería de gran utilidad cuando, al llegar a la zona donde se neutralizan las fuerzas de atracción terrestre y marciana, los motores

tendrían que ser apuntados contra Marte para frenar el impulso de la astronave. El trabajo de los mecánicos se reducía, pues, a armar los bastidores metálicos, montar en el aro central la cabina de mando, hacer lo mismo con los cuatro motores en otros tantos aros colocados a 90 grados de la supuesta llanta y fijar los restantes depósitos a la misma llanta y a los radios de la rueda, haciendo las consiguientes conexiones de cables eléctricos y tuberías. Los cuarenta operarios, sin excluir al propio doctor Welby, se entregaron de lleno a la tarea de reunir las piezas de las astronaves prefabricadas. No era un trabajo muy sencillo y también tenía sus riesgos. Resultaba un curioso espectáculo ver aquellos hombres metidos en sus gruesos trajes y grotescas escafandras, moviéndose en torno a los flotantes aparatos y atornillando tuercas en las posturas más inverosímiles. Las partes metálicas de las astronaves, cuanto mayor era su tamaño, atraían con más fuerza a los obreros del espacio. Las astronaves hacían entonces las veces de planeta y así se daba el caso de ver al doctor Welby con los pies pegados a una esfera metálica cabeza abajo, es decir, cabeza abajo con relación a la Tierra, que entonces, y para él, estaba encima de su cabeza. La masa metálica que tenía bajo los pies le atraía, pero esta fuerza de atracción, aun siendo la misma que sostenía en pie sobre su superficie a los habitantes de la Tierra, era muy débil en lo tocante a estos planetillos artificiales. Un ligero salto, un movimiento brusco, bastaba para que los pies del astronauta se separaran de su mundillo y empezara a surcar el espacio sin fuerza capaz de hacerle volver atrás. Con un movimiento de estos podía uno perderse en el espacio sin posibilidad de desandar el camino recorrido. Un pequeño impulso, imprimiéndole unafuerza constante, le alejaría también constantemente de sus compañeros. Y el infortunado imprudente moriría de frío antes de dos horas, en cuanto el acumulador eléctrico que calefactaba su traje se agotara, antes de haber consumido toda su provisión de oxígeno. Sin embargo, y usando siempre de gran lujo de precauciones, tales como atarse con cuerdas a las piezas donde estaban trabajando, los obreros del espacio trabajaron día tras día durante cuatro meses sin que se perdiera ninguna vida. En cambio se perdieron muchas herramientas al escapar con alguna violencia de las manos de los mecánicos. De la suerte que podían correr los astronautas podía formarse idea considerando que aquellas herramientas se quedarían para siempre errando en el espacio alrededor de la Tierra. Al cumplirse los diez meses del lanzamiento de los primeros cohetes orbitales, arribaron a la órbita de salida los treinta hombres que iban a completar la expedición.

CAPÍTULO III

Las tres aeronaves especiales para la toma de tierra en Marte diferían de los restantes aparatos en tamaño y aspecto. Eran auténticos proyectiles de formas aerodinámicas, provistos de grandes planos sustentadores y timones retráctiles. Marte, al fin y al cabo, poseía una atmósfera en donde podían apoyarse los planos sustentadores de estos cohetes. Bien era cierto que la densidad de esta atmósfera se calculaba en sólo una duodécima parte de la densidad de la terrestre al nivel del mar, pero como también la aceleración de la gravedad marciana era mucho menor que la terrestre, la sutilidad de aquella atmósfera se compensaba con la disminución de peso de los planeadores. Uno de estos aviones cohete estaba destinado al sacrificio. Aterrizaría en el polo marciano por medio de patines o skies, y como no tenía que llevar combustible para el regreso a la órbita satélite que el resto de la expedición estaría describiendo en torno al planeta, podría transportar en lugar de aquél una carga útil de 125 toneladas. Estas 125 toneladas correspondían, aproximadamente, al peso de dos tractores oruga. Equipado con un potente motor eléctrico en cada grupo de cadenas, el primer tractor se movería por la energía que le proporcionaría una pila atómica de reducido tamaño, la cual, no obstante, representaba las ocho décimas partes del peso total del vehículo, construido de titanio. Este tractor remolcaría a otro, también provisto de cremalleras para terrenos difíciles, en el cual irían los expedicionarios. Los tripulantes de los tractores se trasladarían con estos vehículos a una zona más templada de Marte. Allí buscarían un lugar adecuado para el aterrizaje de los otros dos planeadores, a bordo de los cuales llegaría el resto del equipo científico que se proponía hacer observaciones astronómicas muy precisas. Una vez concluida la misión que le llevaba a Marte, los expedicionarios volverían a la órbita satélite utilizando restos del cohete y abandonando en Marte tractores, pila atómica y demás material utilizado. Desde la órbita de satélite marciana la expedición regresaría a la órbita de salida terrestre abandonando en la marciana los dos cohetes planeadores. Y desde la órbita de satélite terrestre, utilizando los planeadores que les serían enviados desde White Sands, aterrizarían en Nuevo Méjico, abandonando en la órbita de satélite los siete vehículos utilizados para el viaje de regreso. Con los tres cohetes planeadores llegaron el profesor Burton Tassone, jefe de la expedición; el profesor Keystone y media docena más de sabios cuya presencia no había sido indispensable hasta entonces en la órbita de salida. Y por último llegó también la profesora Miroslava Michailov. Arthur Welby, que fue uno de los primeros que pasaron a la nave del jefe de la expedición para saludar a su amigo Keystone, no

supo que la profesora había llegado hasta que la vio con sus propios ojos. Y se sorprendió, porque creía que al fin se desistiría de enviar a una mujer con la expedición. El profesor Tassone llamó a Welby. —Convendría que se encontrara usted entre el grupo de exploradores que bajará sobre el Polo Norte marciano en primer lugar, doctor Welby. Es muy dudoso que el primer planeador realice una toma de suelo sin incidentes. Posiblemente sufrirá algún riesgo. Si hay heridos debiera usted encontrarse allí para ayudarles inmediatamente. Los que quedemos a la espera en la órbita de satélite podremos arreglarnos con bicarbonato y aspirinas, aparte que siempre nos quedará la posibilidad de consultarle a usted por radio. —Iré con ese grupo, si usted cree que debo hacerlo, señor Tassone. —Sí, creo que debe hacerlo. Y será mejor que se quede usted en este mismo planeador, que es el que ha de aterrizar en Marte primero que todos. Cuando lleguemos a la órbita de satélite marciana no quiero que se pierda el tiempo en cambios y traslados de tripulación, lo cual siempre resultaría complicado. Welby asintió y permaneció a bordo del cohete, el cual tenía la designación oficial de K-1. Le trajeron a bordo del K-1 el instrumental quirúrgico y el ligero equipaje que tenía en el que hasta entonces fue su refugio. Las esferas-cabina recién llegadas fueron ajustadas en los anillos de sus correspondientes ruedas, ya montadas. Empezó inmediatamente el trasiego del combustible y el agua a los depósitos de las astronaves. Dos meses después, la expedición marciana estaba lista para salir. El K-1, que tenía los depósitos mucho más pequeños, recibió a bordo el tractor oruga que formaba una sola unidad con la pila atómica (el remolque vino a bordo del planeador directamente desde White Sands). Por fin llegó el tan ansiado momento de la partida. Un año de discusiones internacionales, cinco de frenéticos trabajos y, finalmente, uno de afanosos preparativos habían sido necesarios para poner en marcha un tren expedicionario de aquellas magnitudes. Pero al fin todo había salido bien. Las dificultades principales estaban vencidas y el viaje de ida y vuelta a Marte era como quien dice un paseo sencillo comparado con el problema de sacar a los expedicionarios y el material del foso de la gravedad terrícola. Para sustraerse a la fuerza centrífuga los aparatos necesitaban un esfuerzo infinitamente inferior si se le comparaba con el que tuvieron que hacer los cohetes de tres pisos para elevar la expedición a 1.730 kilómetros de altura. En el K-1, la tripulación estaba integrada por diez individuos, a saber: dos pilotos norteamericanos, dos radiotelegrafistas ingleses, un ingeniero de obras francés, un ingeniero mecánico sueco, dos técnicos en Física Nuclear rusos, la profesora Michailov también rusa, y el doctor Arthur Welby, también norteamericano. Los dos pilotos yanquis, después de conducir el planeador hasta el suelo de Marte, serían los encargados de guiar el

tractor atómico y el remolque hacia las zonas templadas marcianas. En el remolque iba una poderosa estación de radio, por la cual se mantendría constante contacto con el resto de la expedición que esperaría en la órbita satélite. Los dos telegrafistas británicos se encargarían de estas comunicaciones. El ingeniero de obras francés tenía por misión trazar el camino más fácil para los dos vehículos y elegiría el terreno donde habrían de aterrizar los dos cohetes planeadores. El ingeniero mecánico sueco se encargaría de reparar las averías que pudieran sobrevenir en la parte mecánica de los vehículos. De la parte atómica se encargarían los dos físicos rusos. Arthur Welby, ya era sabido por todos, cuidaría de la salud de los expedicionarios. El único miembro de la expedición que no llevaba una misión específica era la profesora Miroslava Michailov. Al parecer formaría parte del grupo de exploradores sólo para constatar que era la primera mujer humana que ponía su delicado pie sobre la hosca y amenazadora faz del planeta Marte. Lo cual no era poco, al fin y al cabo. Por fin, hechos los cálculos del impulso de salida por la profesora Michailov y sus colegas norteamericanos, las astronaves pusieron en marcha sus motores cohetes y, describiendo vuelta y media a la Tierra alejándose de ésta, acabaron por sustraerse a la fuerza de atracción del planeta para adentrarse en la aterradora inmensidad del vacío cósmico. Ya estaban camino de Marte. La aventura había comenzado y todos empezaron por sentirse más aliviados. Por primera vez al cabo de medio año, el doctor Welby y los que con él habían subido a la órbita de salida en primer lugar, sintieron los vivificantes efectos de una pronta recuperación de la fuerza de gravedad. Ya sustraídos del campo de atracción terrestre las astronaves hubieran podido para sus motores y habrían llegado por el simple impulso que llevaban hasta el planeta Marte. Pero entonces se hubiera invertido un tiempo considerablemente grande en llegar el rojo planeta, y a partir del instante en que se pararan los motores los astronautas volverían a sentir los efectos de la fasta de gravedad, lo que siempre era molesto. Con un impulso suave, aunque constante, las aeronaves iban acelerando en la misma proporción que se alejaban del campo de atracción terrestre. Esta aceleración proporcionaba un efecto de reacción contra el piso de las cabinas de los aparatos, de tal forma que los viajeros tenían sobre éste un peso sólo ligeramente inferior al que tendrían en la superficie de la Tierra. Los astronautas, encerrados en sus herméticas cabinas climatizadas, gozaban. Estaban en continuo contacto por T.S.H. con la poderosa emisora de Washington y a través de las pantallas de televisión podían ver el globo de la Tierra que, juntamente con su inseparable compañera, la Luna, iba decreciendo de tamaño a medida que aumentaba la separación entre ellos. Tan antiguo como la Humanidad había sido el deseo del Hombre de salir

de su planeta para visitar los mundos que veía a través del velo de la atmósfera terrestre. El Hombre, al fin, se encontraba allí donde siempre había soñado en estar. Ya iba camino de realizar su tan ansiada visita a Marte. Sólo que, por su desgracia, este viaje no tenía por finalidad la simple satisfacción de un capricho. Había sido necesario que una nave extraterrestre fuera encontrada en la Tierra y que una amenaza terrible pesara sobre la Humanidad entera, para que las naciones se unieran en un sobrehumano esfuerzo encaminado, no a curiosear las intimidades del planeta vecino, sino a servirse de él como plataforma para lanzar una angustiosa mirada a lo que no podía verse desde los más altos observatorios astronómicos de la Tierra; el misterioso planeta origen de los platillos volantes, el cual se encontraba más allá del Sol según la atrevida teoría del doctor Welby. En realidad, la exploración del más allá del Sol hubiera podido realizarse igual y quizás en mejores condiciones simplemente con que las astronaves, en vez de ir a posarse sobre Marte, hicieran un viaje de circunvalación alrededor del Sol. Si no se hizo así fue por varias razones. En primer lugar no era necesario contemplar de cerca al planeta que se pretendía descubrir. Para que las Naciones Unidas supieran a qué atenerse bastaba con la simple comprobación de su real existencia. En segundo lugar, la existencia de aquel sosias de la Tierra era considerada por la Ciencia como muy problemática Un viaje de circunvalación alrededor del Sol no tendría ningún objeto si de él resultaba que no había planeta alguno oculto por el astro. Previendo esta posibilidad y para que la expedición no terminara en un total fracaso se le enviaba a Marte, en donde a falta de cosa mejor podrían obtenerse algunos datos científicos de gran valor. Pero la tercera razón, quizás la más poderosa de todas, se apoyaba en una medida de pura seguridad. La expedición podía no regresar jamás a la Tierra si se tropezaba con platillos volantes procedentes de aquel misterioso mundo. Estas consideraciones, que casi se habían olvidado por completo en el trajín de los últimos meses, volvía a la conciencia de los expedicionarios a medida que se aproximaban a Marte. Flotaba en el ambiente una vaga e intranquilizadora sensación de peligro. Parecía como si los expedicionarios, al ver achicarse en el negro espacio al brillante globo de la Tierra, se sintieran crecientemente solos y desamparados. Esta una pura sensación ilusoria, porque la proximidad del planeta patrio no podía ofrecerles ninguna protección contra los misteriosos platillos volantes, si por caso aparecieran éstos y se decidieran a atacar. —Fuimos unos estúpidos armando tanto alboroto con nuestra expedición — dijo Welby un día en que los expedicionarios se sentían singularmente deprimidos—. La verdad es que si los dueños de los platillos volantes quisieran impedirnos que viéramos su planeta podrían atacarnos en cualquier punto del trayecto

y destruirnos. —Desde luego —dijo el comandante Lick—. Han tenido ocasiones de sobra para enterarse de nuestros proyectos escuchando nuestras emisiones desde hace seis años. —No habrá tal ataque —aseguró la profesora Miroslava Michailov. Y Welby preguntó: —¿Por qué está tan segura? —Porque los platillos volantes no proceden de ningún planeta invisible detrás del Sol. —¡Oh, eso es muy interesante! —exclamó monsieur Durand, ingeniero de obras francés—. Tal vez sepa usted positivamente que los platillos volantes no proceden de otro mundo, sino de la misma Tierra. ¿Quizás de su propio país, señorita Michailov? —No. De los mismos Estados Unidos. Arthur Welby se echo a reír a carcajadas. —¿De qué se ríe usted? —le preguntó la rusa ásperamente— ¿Acaso es tan imposible que los Estados Unidos hayan echado una cortina de humo sobre el encuentro de ese platillo volante atribuyéndole una procedencia extraterrestre? No se permitió a los periodistas subir a bordo de aquella aeronave. Los únicos que la vieron de cerca y por dentro eran militares y científicos pagados por el Gobierno americano. Todo cuanto se ha sabido de aquella máquina ha llegado hasta nosotros a través del relato de esos hombres. ¿No resulta extraño que el platillo volante estallara a los dos días de haber sido descubierto, sin que se hayan conservado muestras de la que llevaba dentro? —Olvida usted un detalle, señorita Michailov —dijo Welby—. Yo vi con mis propios ojos aquella máquina. La recorrí por dentro de arriba abajo. Operé de una perforación a la mujer que lo tripulaba y escuché de labios de ésta la confesión de que su mundo estaba oculto tras la masa del Sol. —¿Y qué demuestra eso? —preguntó la joven matemática—. Usted pudo ser comprado por el Gobierno de su país para que contara esa fantástica historia. Ninguna mujer que ha sido operada de una perforación de estómago puede abandonar la cama a los dos días y escapar corriendo como si tal cosa. —Puede ser increíble —contestó Welby.—. Pero las cicatrices del estómago de aquella muchacha estaban completamente cerradas cuando le hice la autopsia. —No me haga reír, doctor Welby —espetó la profesora Michailov desdeñosamente—. Todo fue una farsa, un bluf, como dicen ustedes. Aquel platillo volante aterrizó en el desierto de Arizona con averías. Los indios lo descubrieron, los doscientos mineros que estaban acampados cerca de allí y muchos turistas fueron a verlo también. Se dio una enorme publicidad al asunto. El Gobierno americano debió pensar que no sería posible mantener callados a todos los que vieron la máquina, y entonces urdió esa estúpida historia de seres extraterrestres, libros impresos en lengua extraña y relojes cuyo cuadrante estaba dividido en veinte horas, en vez de veinticuatro. A los dos días, cuando se hizo evidente que no podría mantenerse el engaño ante el cerco de los periodistas y la curiosidad de todo el mundo, las Fuerzas Aéreas norteamericanas

decidieron acabar con el platillo volante. Hubo una terrorífica explosión nuclear, pero cosa extraña, no hubo una sola muerte entre los millares de personas que estaban cerca de él. Todos tuvieron tiempo de escapar. ¿No les parece extraño? Miroslava Michailov clavó sus desafiantes pupilas en los demás miembros de la tripulación. Los físicos rusos, el ingeniero francés, el mecánico sueco y los dos radiotelegrafistas británicos clavaron en el doctor una mirada interrogante y acusadora. Welby se encogió de hombros. —¿A qué discutir? —murmuró— Me he oído llamar embustero muchas veces desde que empezó el asunto de aquel maldito platillo volante. Ya falta poco para llegar a Marte y salir de dudas. Dos semanas más y se verá si es cierto o falso que existe otro planeta detrás del Sol. —¿Admitirá que fue usted comprado por su Gobierno y que jamás existió aquella mujer piloto extraterrestre si al llegar a Marte comprobamos que no hay tal planeta detrás del Sol? —preguntó Miroslava Michailov. —Admitiré que aquel platillo volante no pudo proceder de un mundo que no existe, y nada más —contestó Welby secamente. La profesora Michailov sonrió. Era ésta la primera vez que Welby la veía sonreír, y el pliegue de aquellos labios rojos exquisitamente dibujados distó mucho de agradarle. Porque la discusión terminó allí, pero rehuyéndola Welby tuvo la impresión de haber reconocido implícitamente la falsedad de su historia, mantenida tesoneramente durante seis largos años. Welby se consoló pensando que ya faltaba poco para que la expedición llegara a Marte y se emplazaran sobre la superficie de éste los grandes telescopios que servirían para comprobar o negar definitivamente la existencia del planeta que él creía haber descubierto por pura deducción. Las astronaves, en efecto, se acercaban velozmente a Marte. Al día siguiente y habiendo alcanzado la zona donde la fuerza de atracción terrestre y la marciana se neutralizaban, los pilotos se prepararon para efectuar la maniobra de volteo. A este efecto, las tripulaciones de los diez aparatos sujetaron todo el equipo y utensilios y fueron a amarrarse con los cinturones a sus literas. Un botón eléctrico fue oprimido en el tablero de instrumentos de los pilotos. Las cabinas esféricas y los reactores de las astronaves voltearon simultáneamente sobre sus ejes. Los tripulantes experimentaron una sensación de angustia y una rápida pérdida de la visión al desplazarse súbitamente el campo de gravedad. Fue sólo cuestión de segundos. En el mismo instante en que las toberas de los motores cohete quedaron apuntando hacia Marte el piso de las cabinas estaba también vuelto en aquella dirección. Los astronautas caían de pies hacia Marte frenando el considerable impulso tomado durante la primera mitad del viaje. Esta frenada empujaba a los viajeros contra el piso de las astronaves, por cuya causa volvían a sentirse pesados. La gravedad quedaba

automáticamente restablecida. En los tres cohetes planeadores, aunque de diseño distinto, la cabina era también esférica y volteaba sobre un eje. Los pies de la tripulación, después de esta maniobra, apuntaban en la misma dirección que la afilada proa de las astronaves. Desde las cabinas y a través de las pantallas de televisión, Marte aparecía como un globo rojo del mismo tamaño aproximado que los observadores situados en la Tierra veían el Sol. La ansiedad crecía a bordo entre los viajeros a medida que se acercaban al término de su viaje. Especialmente los que tripulaban el cohete K-1 sentíanse felices pensando que ellos serían los primeros en desembarcar. A Arthur, personalmente, le parecía mentira que hubieran podido llegar tan lejos y que la arribada a Marte tuviera que producirse inevitablemente un día de aquellos. Mirando hacia atrás a la Tierra que iba empequeñeciéndose en las profundidades del espacio, le aterraba la insignificancia propia e incluso la de aquel mundo en donde una Humanidad insensata se afanaba en sus míseros problemas terrenos creyéndose cada hombre el centro del Universo. Pero como dijo cierta vez el ingeniero O'Neill, también era algo ser Hombre y haber podido dominar la inmensidad del espacio pese a su insignificancia y su debilidad frente a las dimensiones y a las gigantescas fuerzas de la Creación. Finalmente, con el curso de los días y la incesante aproximación a Marte, Arthur Welby fue acostumbrándose a la idea llegando a considerar como cosa natural su presencia en Marte. Marte, agrandándose ante los ojos absortos de los astronautas, iba ofreciendo a éstos la configuración de su superficie con creciente nitidez. Desde luego, no existía ni la más remota señal de los famosos canales que Schiaparelli pretendía haber visto con su todavía imperfecto telescopio. El planeta, tal y como se ofrecía a la vista de los expedicionarios, era un mundo muerto o en los últimos estertores de su larga agonía; sin mares, sin lagos, sin ríos, sin montes, sin bosques, sin ciudades… Más viejo y más pequeño que la Tierra, Marte había perdido sus océanos y sólo conservaba una atmósfera muy sutil compuesta principalmente de nitrógeno y bióxido de carbono con una pequeña proporción de vapor de agua y otra, todavía más pequeña, de oxígeno. Unas tres cuartas partes dela superficie del planeta estaban cubiertas de áreas brillantes, rojizas o amarillentas. Estas regiones correspondían a extensos desiertos cubiertos de cenizas volcánicas o de arenas rojizas coloreadas por el óxido de hierro. El reto correspondía a los casquetes polares y a las manchas verde azuladas contiguas a los hielos polares. Que los casquetes polares marcianos consistían en cristales de hielo había sido demostrado definitivamente por el astrónomo Gerard P. Kuiper de la Universidad de Chicago. Este, con un espectrofotómetro adosado al reflector de 208 centímetros del Observatorio MacDonald, en Texas, obtuvo espectros infrarrojos que

probaron que el material de los casquetes polares era agua congelada. De acuerdo con estos espectros, los casquetes marcianos no estaban constituidos por nieve espesa, ni campos de hielo como se conocían en la Tierra, sino probablemente por delgadas coberturas de escarcha sobre un terreno muy frío. Estos depósitos poco espesos se condensaban durante la estación fría en el seno de las nieblas invernales y se evaporaban con el retorno del calor del Sol en primavera. De hecho, las nieves de Marte debían evaporarse más bien que fundirse, debido a la escasa presión atmosférica del planeta, la cual venía a ser de unos 65 milímetros de mercurio: menos de la décima parte de la presión al nivel del mar en la Tierra. Según había observado Lowell, el gran investigador marciano, a medida que estos depósitos polares se fundían, las regiones oscuras contiguas cambiaban gradualmente de color de los polos hacia Marte era semejante a la reflejada por líquenes y musgos, las únicas plantas conocidas que podrían vivir en la fría atmósfera de Marte. —¿Cree que encontraremos vida en alguna forma ahí abajo, doctor? —preguntó Durand, el ingeniero de obras francés, señalando a la superficie de Marte que se veía en la pantalla de televisión. —Según lo que usted entienda por vida, señor Durand —repuso Welby—. La opinión más común entre los astrónomos es que en Marte hay vida de alguna clase. Pero la vida animal que se conoce en la Tierra o no existe en Marte o existe en una forma sumamente primitiva. Fabricando oxígeno por fotosíntesis, muchas especies de plantas terrestres pueden sobrevivir en una atmósfera de nitrógeno y anhídrido carbónico. Pero en el reino animal sólo unos pocos gusanos de especies inferiores pueden vivir sin oxígeno. —¿Pero no es posible, al menos, que encontremos rastros de una civilización superior extinguida que tuvo su máximo esplendor en los tiempos en que la Tierra no era todavía habitable para la criatura humana? —¿Quién sabe? —murmuró Welby—. Marte es un mundo mucho más viejo que nuestro planeta y no está excluida la posibilidad de que en algún tiempo tuviera océanos y una atmósfera como la de la Tierra. Sin embargo, lo más probable es que nunca se haya desarrollado aquí una civilización análoga a la que actualmente existe en la Tierra. —Pues yo no desespero de encontrar ahí abajo algo que nos hable de una raza de marcianos ya extinguida —aseguró Durand. Y tras una breve pause agregó—: En fin, ya falta poco para que estemos en condiciones de desentrañar el secreto de Marte… Arthur sonrió. No osó desilusionar al francés, pero él creía estar seguro de que Marte, a lo sumo, habría sido en sus mejores tiempos un planeta de rápida evolución en donde la vida, tal y como se conocía en la Tierra, no tuvo ocasión de desarrollarse jamás. Que pronto tendrían ocasión de comprobarlo era cierto. La expedición estaba llegando al término de su viaje.

Precisamente en aquellos momentos los pilotos de las diez astronaves permanecían atentos a las instrucciones que por radio les trasmitía el profesor Burton Tassone, jefe de la expedición. Procedentes del espacio a una velocidad que era todavía considerable, las astronaves dieron dos vueltas completas en torno a Marte antes de parar los motores y quedar esclavos de la fuerza de gravedad del planeta describiendo alrededor de éste una órbita de satélite que pasaba por los polos. La expedición había llegado a puerto. Figuradamente hablando sólo faltaba tomar los botes y desembarcar en tierra firme. Ninguna razón había para que se retrasara el momento del desembarco. Toda precaución parecía inútil en un mundo que desde una altura de 400 kilómetros se apreciaba completamente desierto. Allá en la Tierra se había especulado mucho acerca de la posible existencia de habitantes en Marte. En la realidad, los únicos habitantes que podía esperarse encontrar no debían pasar de la categoría de caracoles, y quizás no siquiera llegaran a esto. La orden tan largamente esperada sonó al fin a través del tornavoz del receptor de radio del cohete K-1. —Prepárense para desembarcar. El comandante Charles Lick, piloto del cohete planeador, escuchó atentamente las últimas instrucciones del profesor Tassone. Luego recordó a la tripulación de su aparto las disposiciones establecidas para el aterrizaje: —Equípense con ropa interior de abrigo, traje de vacío, escafandra y botellas de oxígeno. Quince minutos antes de la toma de tierra y en previsión a un accidente cerraré la válvula del oxígeno y pararemos el reactor atómico. La tripulación corrió a enfundarse en sus trajes especiales. El comandante Lick y el teniente Lewis, ya equipados, fueron a tomar asiento ante los mandos y pusieron a calentar el radar y el aparato de televisión. Después de repasar todos los instrumentos de a bordo el comandante conectó su radioteléfono con la emisora del aparato. —¡Hola, Tassone! Aquí, Lick. Listos para el aterrizaje. —Hola, Lick. Aquí Tassone. Adelante —contestaron por radio. Lick se volvió hacia los miembros de su tripulación. —Será mejor que todos ocupen sus literas y no se muevan de allí. La tripulación lo hizo así mientras el comandante abría el acelerador y ponía en marcha los cuatro reactores cohete, que entonces apuntaban hacia la proa del aparato. Retrasándose en su órbita de satélite, el K-1 empezó a caer hacia Marte con creciente velocidad. Como quiera que la atmósfera marciana era muy tenue y sólo tenía unos 30 kilómetros de espesor, Lick tenía que procurar ahora que su máquina no acelerara demasiado so pena de que los 30 kilómetros de atmósfera marciana no bastaran para sostener su enorme aeroplano cuando penetrara en ella. Esto lo evitó el comandante en parte dirigiendo el chorro de gases de sus motores giratorios hacia abajo, de manera que el impulso ascensional frenara la aceleración de la velocidad de caída. Sin

embargo, y a la tremenda velocidad que se consumía el combustible a base de fluor, esta maniobra tenía que ser calculada con toda exactitud para que al agotarse la reserva de los depósitos se encontrara el planeador entrando en la atmósfera marciana, en donde encontraría un aire más o menos denso, pero suficiente para sostener el planeador ofreciendo una cierta resistencia bajo sus alas. Un silencio impresionante reinaba en la cabina del cohete. Cada hombre, encerrado en su hermética escafandra de cristal y tendido en su litera esperaba sin escuchar más ruido que el de la agitada respiración del piloto y, de tarde en tarde, las secas órdenes que éste daba a su copiloto. —¡Afuera los planos sustentadores! ¡Afuera el timón! ¿Fluor? El teniente Lewis daba una cifra cada vez menor. —¿Altura? —Cien kilómetros. Lick llamó a Georgi Utjasov: —Pare esa pila atómica, Utjasov. El físico ruso saltó de su litera, fue hasta el control del reactor atómico y lo paró. —Vuelva a su sitio. Amárrense todos con fuerza. Vamos a penetrar en la atmósfera de Marte. Utjasov volvió a su litera. Siguió una corta y tensa espera. El cohete planeador, después de haber dado toda una vuelta alrededor de Marte, pasaba por la línea del Ecuador marciano. Las reservas de flúor tocaban a su fin. Unos instantes después se sentía a bordo del aparato cierta extraña vibración. El K-1 acababa de penetrar en las capas superiores de la atmósfera marciana a una velocidad tremenda. Unos metros más arriba los motores cohete habían arrojado su última lengua de llamas hacia abajo. Agotada hasta la última gota de combustible el cohete sólo contaba ahora con sus grandes alas y la habilidad de su piloto para llegar al suelo sin que sobreviniera el desastre. Lick, que era un buen piloto de aviones pesados, se esforzaba en aquellos momentos por encontrar la forma de aplicar sus conocimientos y su experiencia a las anormales circunstancias que concurrían en aquel aterrizaje. En la sutil atmósfera de Marte el planeador encontraba muy escasa resistencia sustentadora bajo sus grandes alas en forma de delta. Como para sustentarse en el aire el aparato necesitaba llevar una gran velocidad, el aterrizaje tenía que realizarse también a un tren vertiginoso, con el inconveniente de no poder frenar con los patines y el riesgo de estrellarse contra algún obstáculo. Lick se hubiera sentido afortunado, a pesar de todo, si al menos conociera la naturaleza del terreno donde se disponía a aterrizar. A 20 kilómetros de altura, sudando y resollando como un toro, el comandante Lick veía deslizarse bajo sus pies una llanura rojiza y desértica. —Si más adelante sigue el terreno así de llano quizás logremos salvar la crisma —se dijo Lick. Unos kilómetros más allá los pilotos empezaron a ver en el suelo grandes manchas de un color fantásticamente morado. Los expedicionarios habían llegado a Marte en el momento que empezaba el deshielo del casquete polar. Lick supuso que aquellas manchas

correspondían a la tan discutida vegetación que al comenzar la estación de primavera se ensanchaba en dirección al ecuador marciano a razón de unos 45 kilómetros por día. Un poco más adelante las manchas formaban ya un prado compacto de color morado con residuos de nieve. El planeador se encontraba a 10 kilómetros de altura cuando los pilotos empezaron a ver las primeras manchas de hielo relativamente extensas. Y como antes había ocurrido en los lugares de vegetación, estas manchas fueron haciéndose más grandes a medida que el aparato volaba descendiendo hacia el Norte. Poco después el comandante Lick echaba una mirada nerviosa a la pantalla de radar, otra al altímetro y otra a la pantalla de televisión. Ante él se extendía una llanura de hielo. Decidió aterrizar allí.

CAPÍTULO IV

La voz del comandante Lick era extrañamente ronca y sibilante cuando ordenó: —¡Afuera los patines! El teniente copiloto tiró de una palanca y un dispositivo hidráulico hizo bajar los grandes patines especiales para nieve. —Los patines han salido, señor. Lick había aguardado hasta el último momento sacar los patines para que éstos no frenaran la velocidad del aparato. Ahora, a través de la pantalla de televisión veía deslizarse la helada superficie del Polo marciano como una gigantesca rueda de amolar. De haber existido allí una línea de postes telegráficos, los pilotos la hubieran visto tan espesa como los barrotes de una valla. —Que dios nos proteja —murmuró Lick. Y tiró suave pero firmemente de la palanca de mando hacia sí. El planeador se levantó de morro y bajó la cola. Los patines entraron en contacto con el hielo y el planeador dio un brinco hacia arriba. Unos metros más allá volvió a caer y sus largos patines, apartando hielo pulverizado a un lado y otro, se deslizaron velozmente a través de la blanca llanura dejando en pos sendas estelas de color oscuro. En aquel momento el comandante Lick, que ya empezaba a sentirse optimista, vio ante sí algo que le paralizó la sangre en las venas. ¡El planeador iba recto a estrellarse contra una gran roca gris que sobresalía del suelo! —¡Dios mío! —murmuró el comandante. El planeador no podía eludir aquel fatídico mojón que acababa de interponerse en su camino. En la sutil atmósfera de Marte y dada la escasa fuerza de gravedad el aparato no encontraba apenas resistencia ante sí que pudiera servirle de freno. A una velocidad de 400 kilómetros por hora el gigantesco planeador embistió contra la roca... Arthur Welby, que como todos sus compañeros acababa de oír la exclamación del comandante Lick, tuvo un fugaz presentimiento de la catástrofe. Tres segundos más tarde la proa del avión se aplastaba violentamente contra el peñasco. La carga que alojaba en el fuselaje, impulsada por la fuerza de inercia, rompió sus férreas cinchas y desplazándose hacia delante como un ariete hundió el tabique de titanio que le separaba del hueco en donde iba alojada la cabina esférica. La cabina, precisamente por su forma esférica, podía resistir una presión exterior muy superior a la que hubiera aguantado de tener forma cuadrada. Mas así y todo, el pesado tractor cascó a esta esfera contra la roca como si fuera una nuez. Todo esto ocurrió en una fracción de segundo y los tripulantes ni siquiera tuvieron tiempo de comprender lo que ocurría. Sencillamente, sintieron un golpe terrible, vieron hundirse las paredes de la cabina y escucharon un terrible estampido. El cohete planeador, por el impulso que llevaba, se levantó de popa y permaneció un segundo en posición vertical, pareciendo que iba a dar

la voltereta completa. Luego volvió a caer pesadamente y quedó inmóvil. En la cabina, de la cual había escapado todo el oxígeno a presión, el doctor Arthur Welby abrió los ojos parpadeando y vio las férreas orugas de un tractor asomando entre planchas retorcidas, tubos de aluminio, somiers de acero, trapos ensangrentados y dos cuerpos humanos atrapados entre los restos de las literas. En el piso, todavía amarrado a su volcado sillón, yacía inmóvil el teniente Lewis. El comandante Lick, sobre su asiento medio arrancado des piso, permanecía quieto en una actitud grotesca y extraña. Welby desabrochó los pasadores de sus correas que no habían saltado con el choque y abandonó de un salto su litera. Otros tripulantes estaban saliendo también con dificultades de entre los retorcidos restos de sus camas, pero Welby no se preocupó de ellos. Las luces de la cabina estaban apagadas pero por las grietas y desgarrones de la chafada cabina entraban unos tibios rayos de sol que daban luz a un desolador cuadro. El ingeniero Holm y uno de los telegrafistas británicos estaban muertos sin género de dudas, deshechos entre las planchas retorcidas y los tubos de metal violentamente doblados. De entre los demás, el físico Utjasov tenía profundas heridas en todo el rostro ensangrentado, provocadas por las astillas de su vítrea escafandra. Utjasov, víctima de la rápida descompresión, se asfixiaba en tanto el oxígeno de sus botellas escapaba en el aire. Welby corrió hacia él, le quitó uno de los frascos de oxígeno de la espalda y le aplicó el tubo de goma entre los labios mientras pedía auxilio a los demás. —¡Una escafandra… pronto, una escafandra! Coward, el segundo telegrafista, encontró una de las de repuesto y corrió con ella hacia Welby y el moribundo ruso. Sentado en el piso, entre un montón de cacerolas y demás objetos salidos de los estantes, Durand se cogía una pierna rota. Con Utjasov momentáneamente a salvo, Welby miró en torno en busca de la señorita Michailov. Esta había quedado atrapada entre la proa del tractor y el techo de la cabina entre los intrincados restos de su litera. —¿Se encuentra bien, Miroslava? ¿Me oye usted? —preguntó Welby mientras trepaba hacia donde ella estaba. —¡Sí… sí… Pero sáquenme de aquí! —gimió la voz de la joven profesora en los auriculares de Welby. El doctor y Kamenev unieron sus fuerzas para rescatar a la muchacha de entre los retorcidos restos de la litera. Welby cayó entonces en la cuenta de que había un goteo de sangre. La señorita Miroslava Michailov tenía el afilado reborde de una plancha de titanio incrustado en un muslo. Así, pues, el doctor Welby se encontró en un instante con mucho más trabajo del que podía atender. Todos tenían al menos una herida o varias contusiones, pero el caso más grave era sin duda el del comandante Lick. Cuando Welby examinó a éste comprobó que el piloto tenía una fractura de la espina dorsal. El copiloto, sin embargo, estaba ileso. Gracias sin duda a que su sillón

cedió a la brusca parada amortiguando los efectos del golpe. Pronto, Lewis, Coward y Kamenev, que juntamente con el propio Welby eran los cuatro ilesos, se abrieron paso por una de las grietas de la cabina y saltaron a tierra. Entre tanto, el doctor hacía un torniquete alrededor de la pierna herida de la señorita Michailov y corría de un lado a otro atendiendo simultáneamente a Utjasov, al comandante Lick y al ingeniero Durand. Él mismo tenía una herida leve en un brazo, pero sólo se dio cuenta de ello al notar que el oxígeno de su traje estaba escapándose lentamente por algún desgarrón del forro. Y entonces se ató un bramante por encima del desgarrón y siguió atendiendo a los demás. Mientras tanto, el teniente Lewis y sus dos compañeros comprobaban que, a causa del violento choque, la sección de popa del aparato que comprendía los motores cohete de había separado del resto del fuselaje. Esto constituyó un golpe de fortuna, porque la puerta por donde debían sacarse los tractores estaba atorada a causa del choque y no podía abrirse. Sin embargo, la sección de popa del planeador pesaba muchas toneladas y se necesitaba el esfuerzo de varios hombres para apartarlo y que pudieran salir los tractores. Lewis fue asomarse a la cabina. —¿Puede venir a echarnos una mano, doctor? —preguntó. Y explicó lo que ocurría. —Yo también puedo ayudarles —dijo Utjasov, que ya se había repuesto algo de su comienzo de asfixia. Y aunque con el rostro terriblemente mutilado, y chorreando sangre debajo de su escafandra, el ruso salió tambaleándose de la cabina para ayudar a sus compañeros. Utilizando barras de acero como palancas y haciendo rodar la parte posterior del aparato, los cinco hombres consiguieron echar a un lado la popa del planeador, para que pudiera salir el remolque. Este tractor, por fortuna, no parecía haber sufrido graves desperfectos. Los expedicionarios lo sacaron a empujones y enseguida trasladaron a los heridos a la cabina climatizada de aquel vehículo. El sol, muy bajo sobre el horizonte, no tardaría en ocultarse. —¿No podría usted probar a poner el reactor atómico del otro tractor en marcha, señor Kamenev? —insinuó Welby—. La noche polar es mucho más larga que el día en estas latitudes. Necesitamos energía eléctrica para la calefacción, el alumbrado y la provisión de oxígeno. Kamenev asintió y entró en el aparato para ver de poner en marcha la pila atómica. Mientras tanto, Welby subía al remolque y despojándose de los guantes y la escafandra se ponía a trabajar sobre los heridos en un ambiente más favorable. Entre tanto, Kamenev ponía en marcha la pila atómica, la cual no había sufrido daño gracias a la robustez de sus corazas de plomo. Lewis y Coward tendieron un cable eléctrico hasta el remolque y pudieron hacer funcionar el aparato que fabricaba oxígeno extrayéndolo del agua de un tanque remolcado. Así terminó el corto día polar. Los expedicionarios se acogieron al caldeado refugio

de la cabina del tractor remolque y Coward, al fin, pudo establecer contacto por radio con la expedición que esperaba en la órbita de satélite dando cuenta de lo ocurrido. El doctor Welby atendió primero a la señorita Michailov, a la cual había ligado provisionalmente una arteria cortada. Ella, con su esbelta pierna desnuda y ensangrentada, le siguió atentamente con la mirada mientras trabajaba en silencio. —Creo que, después de todo, es usted más competente en su oficio de lo que una vez supuse —dijo cuando Welby la vendaba la herida. A lo que Welby contestó: —Viniendo de usted aceptaré su opinión como un gran elogio. Ella le clavó en el rostro sus bellas pupilas relampagueantes. —No me tiene en muy buen juicio, ¿verdad? —preguntó. Y Welby repuso: —No sé apenas nada de usted. Y yo siempre procuro no formar opinión definitiva de una persona hasta conocerla bien. —Temo no haber sido nunca tan juiciosa como usted —murmuró la profesora mirándose la pierna herida—. Le detestaba sinceramente antes de conocerle, simplemente porque era norteamericano y pertenecía a una familia rica. —¿Quién la informó tan bien respecto de mí y mi familia? —¡Oh, nosotros, los rusos, estamos bien informados de todos los que han tomado parte en esta expedición! —Pues no le han informado muy bien en lo que a mí respecta. No pertenezco a una familia de millonarios, sino a una familia acomodada de larga tradición médica que llegó a situarse bien gracias a su esfuerzo y su trabajo. Mi padre no es solamente senador de los Estados Unidos. Es también un famoso cirujano, como lo fue mi abuelo y, antes, mi tatarabuelo. Sólo que este último no hacía operaciones más arriesgadas que hacer sangrías con sangujuelas. Era barbero, además de cirujano. La señorita Miroslava sonrió. —¡Ajá! —exclamó Welby con agrado— Esa sonrisa es muy distinta de aquella que me dedicó el día que nos presentaron. Ella se sonrojó y se puso seria. —Siga sonriendo así —le dijo Welby abandonándola para atender a Durand—. Verá como es mucho más feliz. Welby estuvo muy ocupado durante la mayor parte de la noche. Cuando finalmente el sol reapareció en el lóbrego horizonte polar, los expedicionarios que habían salido ilesos del desgraciado aterrizaje se lanzaron fuera de su refugio y, nuevamente equipados con escafandras y trajes especiales calefactados se dispusieron a enterrar a las primeras víctimas del viaje. Holm y Clurman recibieron cristiana sepultura en la fría y granujienta tierra polar marciana, operación que fue presenciada por la señorita Michailov, Durand y Utjasov desde la cabina del tractor a través de los gruesos cristales de las ventanillas. Luego, los expedicionarios se entregaron de lleno a la tarea de rescatar al tractor atómico del agujero donde estaba fuertemente incrustado, para lo cual se tuvieron que cortar varias planchas utilizando un soplete. Cuando estuvo desatascado, el tractor salió del hangar por sus propios medios

haciendo funcionar sus poderosas orugas. Fue entonces cuando Welby vio que la máquina llevaba montada una ametralladora antiaérea de doble camón en el techo. —¿Para qué demonios han puesto ahí esa ametralladora? —preguntó Welby. Y el teniente Lewis contestó: —Alguien pensó que podía sernos de utilidad si por ventura encontrábamos habitantes en Marte. —¡Qué tontería! —exclamó Welby. Los dos tractores, listos para emprender la marcha, quedaron unidos a la vez por una fuerte cadena de acero y un cable eléctrico. El tractor atómico, cuyas cadenas eran movidas por sendos motores eléctricos, remolcaba al otro. El tractor remolque, a su vez, tiraba de un tanque de agua que iba montado sobre orugas. El conjunto formaba así un tren que podía moverse prácticamente sobre cualquier clase de terreno a una velocidad máxima de 70 kilómetros por hora. Pero cuando finalmente el tren se puso en marcha lo hizo a muy pequeña velocidad y eligiendo cuidadosamente el terreno para no dar sacudidas al comandante Lick, cuyo estado era francamente grave. El tren de tractores rodó así todo lo que quedaba del corto día polar y se detuvo al anochecer. Lick murió aquella misma noche rodeado de todos sus compañeros y su muerte causó tremenda impresión entre los exploradores. Cuando el sol irrumpió de nuevo en el horizonte, la expedición reanudó la marcha dejando atrás el solitario túmulo de tierra helada, rematada por una cruz, bajo el cual yacían los restos del valiente comandante Lick, de las Fuerzas Aéreas Norteamericanas. Un viento de 30 kilómetros por hora barría la desolada llanura cuando los dos vehículos y el tanque remolcado avanzaban velozmente hacia el Sur. La capa de hielo, según se había supuesto, sólo tenía unos 25 centímetros de espesor. Las dentadas orugas de los tractores se hundían en esta especie de escarcha y se adherían con fuerza al suelo helado del planeta. A través de los cristales de las cabinas de los dos vehículos, los viajeros oteaban en todas direcciones la llanura. Marte, mucho más viejo que la Tierra, no sólo había disipado sus océanos en la atmósfera sino que sus montañas, a causa de la milenaria erosión del viento, se habían aplanado y reducido a la simple condición de colinas de escasa altura, por cuyas suaves pendientes trepaba el tractor atómico con facilidad tirando de todo el tren que le seguía. A los tres días de haber aterrizado en Marte la expedición había avanzado unos 1.200 kilómetros y dejaba atrás el límite de los hielos polares. En estas latitudes el día marciano era mucho más largo, la temperatura menos rigurosa y la luz más potente. El suelo, a medida que se alejaban del Polo, iba apareciendo cubierto de grandes manchas de musgos de color morado, lo que imprimía a la llanura un extraño y fantástico aspecto. Los vehículos se detuvieron a la puesta del sol del tercer día y los pasajeros echaron pie a tierra. Welby tomó del suelo y puñado de aquellos extraños musgos y los examinó. —

Clorofila morada —murmuró—. Esto explica satisfactoriamente la coloración oscura de las manchas que al llegar la primavera y a medida que adelanta el deshielo van avanzando hacia el Ecuador con rapidez. —¿Serán comestibles? —preguntó Coward. Y Kamenev contestó: —¿Acaso piensa comerlos usted? —¿Quién sabe? Si los otros dos cohetes planeadores no son más afortunados que nosotros en el aterrizaje, bien pudiera ocurrir que quedáramos prisioneros de Marte sin posibilidad de regresar a la Tierra. —¡Vamos, vamos! —gruñó Welby— ¿A qué viene ese pesimismo? No pueden hacerse sentencias juzgando por lo que a nosotros nos ocurrió. Nuestro planeador tuvo que realizar el aterrizaje a ciegas, sin conocer el terreno donde había de posarse. Pero los otros dos planeadores sí lo conocerán, porque nosotros lo habremos explorado antes. Ciertamente, este parece un buen sitio para aterrizar. Durand, el ingeniero de obras francés, fue consultado por Welby a este respecto. Durand, que había estado mirando al terreno desde la cabina del remolque, asintió: —Sí, creo que éste es un buen terreno para el aterrizaje. Estos prados de musgo ofrecen sin duda mejores perspectivas que los desiertos de polvo que encontraremos más abajo. El suelo parece aquí bastante duro y el musgo atenuará algo la violencia del aterrizaje. Lo consultaremos con el profesor Tassone. El jefe de la expedición fue consultado por radio mientras se ponía el sol. —Me parece bien —contestó Tassone—. Aquí, todos estamos impacientes por desembarcar. Pero el accidente del K-1 no debe repetirse. La inutilización de nuestros planeadores podría sernos fatal. Busquen un lugar adecuado. Aterrizaremos por etapas; primero un planeador, y si éste llega a Marte sin novedad repetirá la operación el último. Los exploradores descansaron aquella noche y apenas la luz del nuevo día se hizo lo suficientemente clara para permitirlo se reanudó la marcha hacia el Sur. No tardaron en ver aumentar a su alrededor las grandes manchas de musgos. Estas, según progresaban hacia el Ecuador crecían también en tamaño llegando a medir varias decenas de kilómetros. Al mediodía Durand ordenó hacer alto. Se encontraban entonces en mitad de una llanura fantásticamente morada, completamente llana, cuyos límites desaparecían tras el combado horizonte. Durand echó pie a tierra y, arrastrando su pierna entablillada y apoyándose en el hombro de Welby, fue a examinar las huellas que en el terreno habían dejado las orugas del tractor atómico. —Duro —afirmó golpeando el suelo con el extremo de su bastón. Y mirando a su alrededor añadió—: Creo que éste es el sitio adecuado. Los planeadores tienen tiempo de aterrizar antes de la puesta del sol si antes damos una vuelta por ahí para asegurarnos que no hay obstáculos. Welby dirigió una mirada al sol. ¿Cuándo iba a disponer de un momento para montar un telescopio y explorar los alrededores del astro en busca del planeta misterioso? Los vehículos se pusieron

nuevamente en marcha para explorar el campo de aterrizaje. Dos horas más tarde Durand daba cuenta al profesor Tassone de sus observaciones. —Magnífico —exclamó el jefe de la expedición—. Voy a telegrafiar a la Tierra diciendo que nos disponemos a aterrizar. Estaremos con ustedes, Dios mediante, dentro de hora y media. Cuando haya transcurrido una hora disparen ustedes la bomba de humo. Hasta luego. Para que los planeadores pudieran identificar sin dificultad el lugar del aterrizaje se había dispuesto que el grupo explorador lanzaría una columna de humo, visible a gran distancia. Una hora y 15 minutos más tarde llegaba hasta el receptor de radio de los vehículos la voz del piloto del primer planeador: —¡Vemos la columna de humo... nos acercamos a ustedes. Intentaremos aterrizar a la misma altura de la señas y un kilómetro a la derecha... Corto! En el horizonte apareció un pequeño punto brillante que fue agrandándose mientras se acercaba a gran velocidad, envuelto en un fantástico silencio. El planeador, con el tren de aterrizaje tipo oruga desplegado y los alerones de freno bajados llegó a la altura de los tractores y se dejó caer en el prado. Welby y los que con él presenciaban el aterrizaje contuvieron el aliento mientras el gigantesco planeador rodaba velozmente otro par de kilómetros antes de detenerse. —¡Bueno, menos mal! —suspiró Lewis aliviado—. Al menos éste llegó a tierra sin novedad. Veamos el otro. El segundo planeador apareció en el horizonte poco después, se acercó velozmente perdiendo altura y se posó felizmente en el suelo un kilómetro a la izquierda de los vehículos. El grupo de exploradores trepó nuevamente a sus vehículos y se dirigió hacia el planeador que había aterrizado en último lugar. La tripulación estaba desembarcando y corrió a saludar a los que les habían precedido en el desembarco. Luego, el tractor atómico remolcó al planeador hasta dejarlo cerca del otro, a cuyo pie esperaban el profesor Tassone y los hombres de ciencia venidos con él. Se cambiaron saludos, estrechones de manos, felicitaciones... Welby, mientras tanto, veía con ojos desilusionados como el disco del sol se acercaba al horizonte. Mucho tendría que apresurarse el profesor Tassone si pensaba explorar el espacio contiguo al sol antes que el astro se ocultara por completo. Pero Tassone no pensaba iniciar la exploración del espacio hasta el día siguiente, lo cual apesadumbró a Welby. A éste le parecía que los talentudos astrónomos daban un poco al olvido la principal causa y único fin de esta expedición a Marte. Nadie se preocupaba del planeta de Welby, aunque todos parecían la mar de interesados en aquellos míseros musgos que tapizaban la llanura. De pronto resonó en los auriculares que ceñían los oídos de Welby, y simultáneamente en los de toda la expedición, la excitada voz de Coward que gritaba: —¡Profesor Tassone, venga corriendo al tractor! Algo está ocurriendo a los aparatos que están en la órbita de

satélite... ¡Dicen que están siendo atacados por un platillo volante! —¿Cómo? —gritó Tassone. Y todos levantaron instintivamente los ojos al cielo. Arthur Welby, que era quien más cerca se encontraba del tractor en aquel instante, dio un salto de sorpresa y echó a correr hacia el vehículo. Aunque cada miembro llevaba en sitio bien visible sobre el pecho y la espalda un número de identificación, Coward no debió reparar en la identidad del doctor, pues le señaló a través del cristal de la ventanilla del tractor el juego de clavijas que colgaba de sus hilos telefónicos. Welby tomó una de las clavijas y la enchufó nerviosamente a su propio altavoz. Enseguida escuchó a alguien que gritaba: —...y lo veo por mi pantalla de televisión. ¡Otro aparato acaba de estallar en el aire... con todo el combustible inflamado a la vez! ¡El platillo volante da vueltas en torno a nosotros disparando sus ametralladoras... ahora se está acercando a nosotros! El profesor Tassone y un nutrido grupo de sabios llegaron hasta el tractor, tomaron todas las clavijas disponibles y las enchufaron a sus altavoces. —¡Se acerca volando a una velocidad terrible...! —prosiguió gritando el que hablaba desde la órbita de satélite, a 400 kilómetros de altura sobre Marte-¡Profesor Tassone! ¿Me oye usted? ¡Soy el comandante Graham! ¡Nos ataca un platillo volante... ya ha destruido a cuatro de las aeronaves y ahora... ahora...! La radio quedó silenciosa. Los expedicionarios situados en la tierra firme de Marte se miraron unos a otros, pálidos incluso a través de los yelmos de cristal azul que encerraban sus cabezas. —¡Graham! —gritó el profesor Tassone— ¡Conteste usted, por Dios, Graham! —¡Aló, Tassone... aquí, Wood, telegrafista del K-5. Graham no puede contestar... acabo de ver una explosión y debe tratarse de su aparato! ¿Qué debemos hacer, profesor Tassone? ¡Conteste! ¿Qué hacemos? —¡Dios mío! —gimió Tassone— ¿Qué cosa cree usted que puede hacerse, Wood? —¿El platillo volante viene sobre nosotros! ¡Denos permiso para poner en marcha los motores! ¡Ese maldito nos destruirá tan cierto como...! —Atención, Wood —dijo Tassone con voz ronca—. Pongan en marcha los motores y escapen. Pase lo que pase... —¡Es demasiado tarde! —gritó Wood— ¡Dispara contra nosotros... está disparando... Dios Santo! Escuchóse un ruido extraño. La radio quedó silenciosa de nuevo. Todos miraron al cielo con el corazón lleno de angustia. El sol acababa de ponerse y el cielo de Marte, con una atmósfera sumamente rarificada, se había tornado tan negro como lo veían los pilotos de los aviones estratosféricos cuando volaban a 18.000 metros de altura en la atmósfera de la Tierra. Pero la ansiosa mirada de los expedicionarios no pudo ver nada en aquel espacio tachonado de brillantes estrellas. Simplemente, porque las astronaves que giraban en la órbita de satélite estaban al otro lado del globo del planeta, donde reinaba el día. —¡Insista en sus llamadas, Coward! —gritó Tassone con

voz casi sollozante— Graham dijo que habían sido destruidas cuatro aeronaves. Si la suya fue la quinta y la de Wood la sexta debe quedar alguien con vida en la séptima astronave… ¡No deje de llamar! ¡Dése prisa! Coward repitió su monótona llamada. Mientras tanto, el profesor Tassone no dejaba de murmurar: —No puede ser… Santo cielo… ¡No puede ser posible! Pero todo parecía indicar que sí era posible, que todas las siete astronaves que giraban en la órbita de satélite habían sido aniquiladas por el platillo volante… que la expedición quedaba de golpe privada de sus medios para regresar a la Tierra… ¡Perdida en Marte! El terror y la sorpresa parecían tener clavados en el suelo a todos los miembros de la expedición. El mismo atroz pensamiento pasaba sin duda por todos los cerebros: ¡Perdidos en Marte! —Es inútil, profesor Tassone —dijo cansadamente la voz de Coward—. No contestan. —¡Insista… insista! —gritó Tassone histéricamente. Y de nuevo la voz de Coward volvió a repetir su monótona llamada. La noche había caído rápidamente sobre el campamento sin que los expedicionarios se dieran cuenta. El huracán que invariablemente seguía al huidizo sol empezó a soplar con violencia de Oriente a Occidente. La temperatura bajó casi bruscamente a 50 grados bajo cero, y no tardaría mucho en llegar a 100. Lentamente, el profesor Tassone se arrancó la clavija que le unía a la emisora de radio de Coward. Un silencio de muerte reinaba en el interior de cada una de las 10 escafandras allí reunidas. —Que cada cual vuelva a su cabina —dijo Tassone—. Seguiremos lanzando llamadas desde las emisoras de los planeadores. El grupo se disolvió lentamente marchando unos hacia los planeadores y otros hacia los vehículos, cuyas luces brillaban en la densa oscuridad. —¡Apaguen esas luces, demonios! —gritó el vozarrón del coronel Whitted, que venía a ser a modo del consejero militar de la expedición— ¿Quieren que venga por acá ese maldito platillo volante y tire al blanco contra nuestras luces? Una tras otra las luces fueron apagadas hasta que el campamento quedó sumido en la más impenetrable oscuridad. Sin embargo, en el caldeado ambiente de las cabinas estancas, los miembros de la tripulación de cada aparato comentaban animadamente lo ocurrido y hacían lúgubres pronósticos para un futuro incierto. En la cabina del tractor remolque, brillantemente iluminada, el teniente Lewis se lamentaba. —Una desgracia nunca viene sola. Nuestra llegada a Marte fue catastrófica y el final será todavía peor. Morir de hambre y de frío en este maldito planeta. ¡Vaya una perspectiva! —Tenemos provisiones y medios para resistir en Marte por lo menos durante seis meses —aseguró Welby—. No nos desanimemos. Con toda seguridad recibiremos auxilios de la Tierra antes que hayamos agotado todos nuestros víveres. Coward preguntó desde su asiento ante la emisora de radio: —¿Pero acaso sabemos si

las Naciones Unidas querrán gastar otro puñado de millones de dólares para venir en nuestro auxilio? —¿Cómo puede dudarlo? —protestó Welby. Y Coward exclamó: —¡Oh, claro que puedo dudarlo! Usted olvida una cosa, y es que con los aparatos de radio que tenemos aquí no es posible telegrafiar a la Tierra. Por lo tanto, y a menos que una de nuestras astronaves haya conseguido escapar y volver a la Tierra, allá se ignorará lo que ha sido de nosotros. ¿Y nadie querrá fletar una nueva expedición para venir en nuestro auxilio si con seguridad nos creen cadáveres! Los tripulantes del tractor se miraron unos a otros preocupados. Porque Coward estaba en lo cierto. Con los aparatos de radio que tenían en Marte no podía soñarse siquiera en hacer llegar hasta la Tierra una llamada de socorro. Teniendo en la órbita de satélite siete astronaves, todas equipadas con una poderosa estación de T.S.H. los que planearon la expedición consideraron inútil equipar también a los planeadores con estas estaciones pesadas y que ocupaban mucho espacio. Pensaban en aligerar a los planeadores de peso muerto, pero nunca pensaron que las astronaves pudieran ser destruidas y la expedición quedara incomunicada en Marte. Después de esta amar ga reflexión de Coward los ocupantes del tractor se dispusieron a cenar. Pero la perspectiva de quedarse siempre en Marte era demasiado terrible para que nadie sintiera apetito aquella noche. Durand, Kamenev y el teniente Lewis se retiraron a sus literas, aunque ninguno confiaba en poder dormir aquella noche. Coward siguió ante el aparato de radio, lanzando llamadas que iban a perderse en el éter sin recibir respuesta. Welby fue a levantar los apósitos que cubrían las heridas de Utjasov y la profesora Michailov.

CAPÍTULO V

Arthur Welby, que había conseguido dormirse muy tarde y había tenido horribles pesadillas, despertó muy temprano por el ajetreo que reinaba a bordo del tractor. Sus compañeros estaban equipándose a toda prisa con los trajes y las escafandras especiales. —¿Qué ocurre? —preguntó Welby— ¿Hay noticias de la astronave? —La hemos dado también por perdida —contestó Coward—. El coronel Whitted está ahí afuera dando gritos. Quiere que vayamos a poner en marcha el tractor atómico para remolcar a los planeadores. —¿Remolcarlos, a dónde? —¡Oh, no muy lejos! Se trata de una simple medida de precaución por si los platillos volantes vinieran a atacarnos. En buena táctica militar esto se llama dispersión. Consiste en separar los aparatos unos de otros para que ofrezcan menos blanco al fuego enemigo. Welby se equipó también y descendió a tierra poco después. Se encaminó hacia donde el profesor Tassone y la plana mayor de científicos formaban un grupo junto a una pila de cajas sacadas de los planeadores. Tanto el profesor Tassone como los hombres que junto a él estaban, conservaban en sus rostros huellas inconfundibles de no haber pegado ojo en toda la noche. A su vez, los que iban saliendo de los planeadores venían a reunirse con este grupo moviéndose con lentitud que reflejaba un buen porcentaje de desaliento. La plana mayor científica debía haber estado deliberando un largo rato, porque Tassone tenía algo que decir. Como quiera que todos los miembros de la expedición estaban comunicados por la misma onda de radio, no fue menester que el sabio comenzara con las consabidas palabras de: "acérquense, tengo algo que decirles". Simplemente se puso a hablar diciendo: —Atención, habla el jefe de la expedición. Cesaron al punto todos los murmullos que se escuchaban por la radio. Los hombres suspendieron el trabajo irguiéndose para mirar en dirección al grupo. —Nuestra situación es francamente grave —dijo Tassone—. Bien es cierto que por el momento no corremos peligro. Tenemos víveres, agua para convertirla en oxígeno y un refugio confortable en las cabinas de los planeadores. También tenemos pilas atómicas, y la luz y el calor no nos faltarán. Pero si no el combustible que mueve a los reactores atómicos, los víveres y el agua se acabarán algún día. Tal vez podamos convertir en agua la escarcha de los polos marcianos, y quizás estos musgos que pisamos sean comestibles. Pero de todas formas no podemos confiar en vivir en Marte por lo que nos quede de vida. Es preciso que en la Tierra se sepa lo ocurrido para que envíen una expedición de socorro. El profesor Tassone hizo una pausa. Luego, prosiguió: —Todavía no lo hemos calculado sobre el papel, pero tenemos la esperanza de que sea posible acumular en uno solo de

nuestros planeadores el combustible de los dos y hacerle despegar de Marte para que llegue hasta una órbita de satélite alrededor de la Tierra, desde la cual podría comunicar por radio y dar cuenta de lo ocurrido a Washington. Si estos musgos son comestibles y contando con el agua extraída del hielo, los que nos quedemos aquí podríamos resistir durante un año, que equivale al tiempo más breve con que podemos confiar en recibir socorros. —¿Y si estos hierbajos no sirvieran para comer? —preguntó una voz anónima a través de los auriculares. —Acortando las raciones desde este mismo instante y despachando en el cohete que ha de ir a la Tierra el mayor número posible de tripulantes, los demás podríamos vivir todavía dentro de un año. El profesor se interrumpió de nuevo, y ninguna voz rompió esta vez el silencio. Hasta que la conocida voz del profesor Keystone dijo: —Bueno, no tenemos donde elegir, ¿verdad? Pues cuanto antes expidamos el cohete a la Tierra tanto más pronto podemos confiar en recibir socorros. Que cada cual se dedique a su tarea sin pensar en nada más que en hacer bien y aprisa su trabajo. Yo por mi parte, me propongo analizar las cualidades nutritivas de estos musgos ahora mismo. ¡Animo, compañeros! El instinto de conservación despertó en todos el impulso de la actividad. Algo era tener una esperanza, y la expedición se interesó desde el primer momento por averiguar si esta esperanza tenía alguna base sobre la que existir. Así, pues, lo primero que se hizo fue reunir a ingenieros y matemáticos para que hicieran los cálculos pertinentes acerca del combustible que necesitaría el cohete para llegar a la Tierra. Pero antes que estos cálculos estuvieran determinados, y para adelantar tiempo, el equipo de mecánicos empezó a estudiar la forma de acoplar en un solo aparato el combustible a base de flúor de los dos de que se disponía. Con todos estos preparativos se hizo mediodía sin que nadie pareciera recordar el objetivo que perseguía la expedición al venir a Marte. No así el doctor Welby, que siempre lo tenía muy presente. Francamente irritado se acercó al profesor Tassone y le dijo: —Parece que esta expedición se ha convertido en una simple prueba de supervivencia. ¿Qué hay de nuestras exploraciones astronómicas? ¿No va siendo hora que nos ocupemos un poco de mi planeta? —Doctor Welby —contestó Tassone—. De poco podría servirnos la comprobación de la existencia de su planeta si no podemos comunicar a la Tierra el resultado de nuestras observaciones. —No es necesario que se distraiga tiempo de los trabajos de salvamento para explorar el espacio, si es eso lo que quiere decir. Veo por ahí muchos astrónomos que no tienen nada que hacer. Yo mismo estoy desocupado. ¿Por qué no me permite que utilice el telescopio? Tassone miró a su alrededor para comprobar que, en efecto, había cierto número de sus ayudantes con los brazos cruzados. —Bien —dijo—. Vamos a ver si encontramos ese dichoso

planeta. El equipo de investigación astronómica, que era el más numeroso de la expedición, fue llamado por el profesor Tassone y empezó a sacar de los aparatos el complicado y costoso material. Para una exploración con la que se pretendía descubrir un nuevo planeta fueron montados tres telescopios especiales, los cuales reflejaban en un espejo la imagen captada por las lentes. A Welby, naturalmente, no le fue permitido participar en aquellos trabajos. Como tan frecuentemente ocurrió en la expedición, los profesionales, celosos de su clase, no toleraban que ningún profano se inmiscuyera en su especialidad. Los astrónomos, que a juicio del doctor se movían con una parsimonia exasperante, montaron calmosamente sus telescopios y empezaron a explorar lentamente aquella región del espacio donde según la teoría de Welby debía encontrarse un nuevo planeta. Así trascurrió una hora. Welby temía ya seriamente por el fracaso de su teoría y empezaba a dar señales de nerviosismo cuando uno de los astrónomos, un joven alemán llamado Wallenstein, dio un salto prodigioso y lanzó un estentóreo grito de alegría: —¡Lo he localizado… allí está nuestro nuevo planeta! ¡Hurra! El profesor Tassone, Welby y el resto del equipo astronómico se abalanzaron hacia el telescopio de Wallenstein. A través de los auriculares se escuchaban gritos que repetían: —¡Lo han encontrado… es cierto que existe un planeta desconocido más allá del Sol…! Y de todos los puntos del campamento llegaban corriendo hombres que esperaban poder contemplar aquel mundo extraordinario. Tassone apartó de un empujón a Wallenstein y pegó el cristal de su escafandra a la pequeña pantalla del telescopio. Tras él, Arthur Welby se reconcomía de impaciencia maldiciendo de la escafandra que le impedía roerse las uñas. Sin embargo, iba a tardar bastante en ver su mundo, porque los astrónomos de más talla se sucedían ante el telescopio sin cederle un puesto a él. Pero luego que el astrónomo alemán, otro ruso localizó también al planeta, y luego lo enfocó con su telescopio uno de los investigadores norteamericanos. Cuando Welby consiguió al fin aplicar su rostro al cristal reflector de un telescopio, el corazón le saltaba locamente en el pecho. Sí, allí estaba su mundo, el planeta causante de tantos desvelos. Para el profano, la vista de aquel mundo implicaría una gran desilusión. Apenas si era un insignificante globito, inmensamente lejano, que brillaba con una intensa luz azul en las profundidades del negro espacio, no lejos del borde del llameante Sol. Pero para Welby, que, además, era un apasionado de la Astronomía, aquel pequeño punto que brillaba en el espacio representaba la culminación de todos sus sueños. —¡Acerté… acerté…! —gritó apartándose del telescopio y empezando a dar saltos que, debido a la escasa fuerza de gravedad de Marte, le llevaban de un lado a otro con la agilidad de un saltamontes— ¡Mi mundo existe… existe… He

descubierto un mundo nuevo! Durante unos minutos reinó enorme confusión en el campamento. En los auriculares de todos se escuchaba un guirigay de voces, gritos y comentarios, de los cuales apenas se podía entresacar una palabra inteligible. Hasta que al cabo de un rato se escuchó por encima de aquel alboroto la voz del profesor Tassone que gritaba: —Orden, por favor… tengan la bondad de guardar silencio. Y como el sabio daba manotazos en el aire además de gritos, las conversaciones fueron cesando hasta que se hizo el silencio. —No basta que hayamos descubierto el mundo cuya existencia tan inteligentemente preconizó el doctor Welby —dijo Tassone. Y una voz gritó—: "Bravo por el doctorcillo". —El simple hecho de haber descubierto su existencia ya equivale a un descubrimiento sensacional, llamado a hacer historia en la Astronomía. Pero eso no basta —insistió el profesor Tassone—. Nos falta medir, pesar, explorar y analizar ese planeta para dictaminar si en él puede existir una Humanidad hermana de la terrícola. Suplico que cada cual regrese a sus ocupaciones y nos permitan trabajar. Ya los iremos informando a medida que adquiramos nuevos datos de este nuevo mundo. Los mecánicos, ingenieros, físicos nucleares, biólogos, botánicos, geólogos y demás personal de la expedición volvieron lentamente a su trabajo, no sin antes haber palmeado en la espalda al doctor Welby prodigándole algunas palabras de calurosa felicitación. Los astrónomos, a quienes el descubrimiento había aplicado una súbita actividad, empezaron a preparar sus instrumentos de precisión: cámaras fotográficas, espectrógrafos, polarímetros y pares termoeléctricos que les servían para averiguar la densidad, el volumen, la temperatura y la composición química de la atmósfera del nuevo mundo. Welby, naturalmente, no podía estarse quieto después de haberse confirmado de forma tan categórica la existencia de su mundo. Deseaba sentirse elogiado y confiar a alguno su entusiasmo. Entonces recordó a la profesora Miroslava Michailov. Ella se había burlado de su teoría. Luego le estaría muy bien que ahora le obligara a comerse sus palabras. Lleno de decisión, Welby corrió hasta el tractor remolque y penetró en él por la angosta cámara de admisión. —¡Hola, señorita Michailov! —gritó alegremente mientras se arrancaba la escafandra—. ¿Qué me dice usted ahora? ¿Era yo un embustero asegurando que los platillos volantes procedían de otro mundo? ¿Me inventé la historia de aquella mujer extraterrestre que me confirmó mis sospechas? ¿No existe ningún mundo nuevo más allá del Sol? La profesora de matemáticas de la Universidad de Moscú, que junto con dos colegas norteamericanos estaba haciendo los cálculos del combustible que necesitaría el cohete para abandonar el planeta Marte y regresar a la órbita de salida terrestre, hizo una anotación en el margen del papel que tenía delante y clavó sus bellos ojos en los

brillantes y desafiantes del doctor Welby. —¡Oh, siga...siga! —exclamó sonriendo— Quiere vengarse usted por todo cuanto le dije hace unos días, ¿no es cierto? Bien, está en su derecho. Todavía no se ha comprobado que los platillos volantes puedan proceder de ese planeta, pero no importa. Estoy segura de que su historia era verídica y existe en ese mundo una Humanidad que posee platillos volantes, pero usted necesita satisfacer su sed de venganza. ¿Ande, cúbrame de insultos! Arthur Welby se la quedó mirando lleno de asombro. —¿Cuándo ha cambiado usted de opinión? —le preguntó con desconfianza-¿En este preciso instante? La profesora rusa se sonrojó, lo cual era por demás extraordinario en una mujer de su temperamento y su aplomo. —Cuando vi a los astrónomos montar sus aparatos tuve la certeza de que iban a encontrar ese nuevo mundo —aseguró. Welby preguntó despechado: —¿Fue un presentimiento? A lo que ella repuso: —No creo en los presentimientos. Supuse que lo encontrarían porque estaba segura de que usted no mintió en lo referente a la confesión de aquella tripulante del platillo volante que se encontró en Arizona. —Pues no pensaba eso hace sólo cuatro o cinco días —refunfuñó Welby. —No importa —contestó Miroslava—. Lo pensaba hoy... y ayer. Posiblemente, también desde anteayer. Debí presentarle mis disculpas antes de ahora. Welby la miró de hito en hito. —¿Disculpas por qué? —Ya le dije que no le tenía en muy buena opinión antes de conocerle —murmuró la joven volviendo a sonrojarse. Y luego, con súbito arranque de furia, gritó—: ¡Bueno! ¿Qué más quiere usted? ¿Acaso que me arrastre de rodillas implorando su perdón? Me equivoqué y lo reconozco públicamente. ¿Qué más puedo hacer? —¡Oh, nada! —exclamó Welby con el corazón rebosante de alegría, aunque no sabía ciertamente por qué—. Me basta para mi satisfacción que usted reconozca la injusticia de sus prejuicios. Es mucho más de lo que yo podía esperar de usted. Ella le miró con pupilas húmedas. —¿Sigue en su mal concepto sobre mí? —preguntó con acento de reproche. Welby protestó acaloradamente: —¡Oh, no! No he querido decir eso. Al contrario, yo... —se interrumpió bruscamente sonrojándose a su pesar. Y prosiguió—: Bueno. También yo he cambiado de opinión respecto a usted. Creo que... en fin; ya charlaremos de esto en otra ocasión. Y lanzando una mirada sobre los dos matemáticos que le contemplaban curiosamente, Welby se encasquetó la escafandra y abandonó apresuradamente el tractor. Al echar pie a tierra se detuvo sintiendo el corazón extrañamente ligero. —Debe ser a causa de la escasa fuerza de gravedad de Marte —se dijo. Pero Welby sabía ahora positivamente que la ligereza de su corazón no tenía nada que ver con la débil fuerza de gravedad marciana. Acaso Marte hubiera influido en aquel palpitar precipitado del corazón de Welby, mas no precisamente a causa de aquel fenómeno telúrico, sino en el sentido de la mayor accesibilidad

de la profesora Miroslava Michailov. Quizás sin el desgraciado accidente que costó tres vidas todo hubiera sido distinto. Pero herida, inmovilizada en su litera y reducida a la simple condición de mujer necesitada de auxilio, Miroslava distaba mucho de parecerse a la orgullosa profesora que Welby conoció un año atrás en el campo de White Sands. —¡Miroslava! Hasta el nombre le gustaba al doctor. ¡Oh, sí. Le gustaba enormemente toda la profesora! ¿Enamorado de ella? Welby no lo sabía con certeza, pero en todo caso sentíase feliz ahora que ella confesaba tenerle en cierto aprecio. Realmente, aquel era un día magnífico para el doctor Arthur Welby. Cerca de allí el profesor Keystone se apeaba en estos momentos del planeador donde tenía montado su laboratorio ambulante. Welby le salió al paso y viendo que Keystone llevaba en las manos le preguntó: —¿Sabe ya algo acerca de esas plantas? A lo que Keystone contestó: —No son venenosas, si es eso lo que quiere decir. Sin embargo, dudo exista en ellas más valor nutritivo que en un puñado de estopa. —¿Lo sabe ya el profesor Tassone? —No, ahora iba a decírselo. Los dos hombres cruzaron el campamento pasando junto al tractor atómico, que estaba en el centro de éste. Encaramado sobre el techo del vehículo, de pie junto a la ametralladora antiaérea, el teniente Lewis y otro de los pilotos de los planeadores atisbaban el cielo en todas direcciones. —¡Hola, doctor! —dijo Lewis por radio haciéndole una seña— Todavía no le he felicitado por el acierto de su teoría. Le estrecharé la mano con mucho gusto en otra ocasión. —¿Qué hace usted ahí? —le preguntó Welby. Montamos la guardia por si los platillos volantes se acercan por aquí. —¿Pero creen posible derribar a todo un platillo volante con esa ametralladora? —Al menos que sepamos, un platillo volante es tan vulnerable como uno cualquiera de nuestros aviones —contestó Lewis—. Que el platillo se ponga a tiro de la ametralladora y verá usted si lo echamos patas arriba. Welby y Keystone siguieron adelante hasta donde Tassone y el equipo de astrónomos manejaban todos sus complicados instrumentos. —¡Magnífico, doctor Welby! —gritó Tassone— El primer análisis espectroscópico del planeta indica que cuenta con una atmósfera rica en oxígeno. Dada su masa y su órbita podemos asegurar casi con certeza que ese mundo puede estar habitado por una Humanidad idéntica a la terrestre. —¡Hombre! —exclamó Welby— ¿Y eso le parece magnífico? ¿Se olvidaba usted de los platillos volantes? La faz del astrónomo se ensombreció. —Científicamente, el descubrimiento de ese planeta equivale a un acontecimiento sin parangón en los anales de la Astronomía —dijo. Y luego añadió—: Lástima que este descubrimiento implique también la confirmación de una grave amenaza para nuestro mundo. Tassone hizo una pausa que Keystone aprovechó para decir: —Hemos analizado las propiedades alimenticias de estos musgos, profesor.

Siento decirle que no contienen ninguna sustancia nutritiva. —¿Está seguro? —Por desgracia. Es astrónomo movió pesadamente la grotesca escafandra que encerraba su venerable cabeza de anciano. —En efecto, es una gran desgracia —murmuró—. A menos que pueda escapar de Marte la mitad de la expedición, todos no podremos sobrevivir durante un año hasta que lleguen los socorros. Pero las Naciones Unidas no mandarán socorros a menos de tener la seguridad de que la expedición de auxilio nos encontrará vivos cuando llegue a Marte. —¡Cielos! —exclamó Welby sintiendo la sangre helársele en las venas—. ¿Quiere decir que no habrá expedición de socorro? —Temo que allá en la Tierra se considere inútil hacer un gasto tan enorme solamente para rescatar nuestros cadáveres. —Eso —añadió Keystone lúgubremente— sin contar que las Naciones Unidas van a tener cosas más importantes de que ocuparse. Si adquirimos la seguridad de que ese nuevo mundo puede estar habitado, como sin duda lo está, la Tierra tendrá que prepararse para hacer frente a la amenaza de los platillos volantes. ¿Quién pensará entonces en gastar varios miles de millones de dólares para venir a socorrernos? Welby se dejó caer anonadado sobre una de las cajas que por allí había esparcidas. Se dijo que pensándolo bien y con el antecedente de lo ocurrido a la primera expedición marciana, las Naciones Unidas no se arriesgarían a fletar otra costosa expedición para que de nuevo los platillos volantes la destruyeran en el espacio. Esto pensaba Welby y se disponía a sugerirlo con acento quejumbroso, cuando una voz aguda hirió sus oídos a través de los auriculares. —¡Un platillo volante! —¿Dónde? ¿Quién ha gritado? —preguntó Welby saltando en pie y mirando a su alrededor. Y entonces vio a uno de los astrónomos yanquis que de pie junto a su telescopio hacía desesperadas señas señalando al cielo. —¡Allí... acabo de verle pasar ante el campo visual de mi telescopio! Todos cuantos estaban junto a los aparatos astronómicos y los que se movían en el campamento quedaron paralizados por el terror. De pronto se escuchó la potente voz del coronel Whitted que rugía: —¿Por qué demonios se quedan parados ahí como idiotas? ¿Creen que ese platillo volante viene a echarnos flores, o bombas atómicas? ¡Largo... muévanse... desparrámense por ahí! Welby vio correr a la desbandada a los hombres y al teniente Lewis que tomaba asiento en el sillín de la ametralladora, y entonces pensó en Miroslava Michailov, imposibilitada de abandonar el tractor remolque por sus propios medios. Sin pensarlo dos veces echó a correr en dirección contraria a la que llevaban todos los hombres; es decir, hacia el centro del campamento, en tanto que los demás se alejaban de los aparatos. Dando zancadas de tres metros de longitud, Welby llegó hasta el tractor en el momento que los dos matemáticos norteamericanos abandonaban el vehículo tirando de la profesora Michailov. —¡Muy

bien! —gritó Welby— Ayúdenme a formar una silleta para trasladar a la señorita Miroslava. Uno de los jóvenes tendió sus manos enguantadas para formar con las muñecas de Welby una especie de silla en donde tomó asiento la rusa. Esta rodeó con sus brazos los cuellos de los dos yanquis, los cuales emprendieron una veloz carrera hacia las afueras del campamento. —¡Sigan corriendo... no se detengan! —bramaba el vozarrón del coronel por los auriculares de toda la expedición— El platillo volante disparará contra los vehículos dirigiendo el tiro por radar... Sin dejar de correr, Welby levantó los ojos al cielo. Entonces vio un objeto brillante, un disco visto de canto, que descendía en vertiginoso picado sobre el campamento. Se trataba sin duda del platillo volante avistado por el telescopio. —¡Aquí... ya estamos bien aquí! —gritó Arthur Welby. Depositaron a Miroslava en el suelo. El platillo volante empezó a disparar entonces sus ametralladoras. Sus proyectiles, dejando en pos ígneos penachos de muerte, pasaron por encima de las cabezas de los yanquis para dibujar un arabesco de explosiones y surtidores de polvo en el suelo, en dirección a los tractores que permanecían en el centro del campamento. Welby empujó a Miroslava contra el suelo y la atrajo instintivamente hacia sí cercándola con un brazo. Los proyectiles rastreadores del platillo volante, cruzando todo el campamento, alcanzaron el tractor remolque del cual habían salido los matemáticos breves minutos atrás. Welby vio simultáneamente al tractor remolque que saltaba en pedazos a través de un mazo de llamas y al teniente Lewis que, pegado a su ametralladora antiaérea hacía girar velozmente el cañón de ésta, empenachado de largas lenguas de llamas de un color anaranjado. El mismo platillo volante pasó en aquel momento por encima de Welby, el cual sintió una violenta corriente de aire, que le aplastaba contra el suelo. Cuando levantó los ojos, el platillo volante había pasado sobre el campamento y tendía a elevarse de nuevo. Entonces vio a Lewis que hacía girar rápidamente la ametralladora y disparaba contra el aparato que se alejaba. La velocidad del platillo volante era tremenda, sin duda. Pero en la rarificada atmósfera de Marte y debido a la escasa fuerza de gravedad del planeta, los proyectiles salidos del doble cañón de la ametralladora terrícola tenían un alcance y una velocidad muy superior a la que tendrían en el mundo donde fue construida. Así, las balas rastreadoras de la ametralladora alcanzaron al platillo volante y lo envolvieron en un mazo de explosiones. Welby vio como saltaban los pedazos de plancha del platillo volante y esperó anhelante con la respiración en suspenso. El platillo volante se alejó seguido de los trazos de humo de las trazaderas de Lewis... se fue empequeñeciendo en la distancia... dejando en pos una fantástica estela de polvo luminiscente. Súbitamente, ya en las profundidades del horizonte el platillo volante

hizo explosión. No se trataba de una explosión corriente, como la que había destrozado al tractor remolque, sino de una inconfundible deflagración atómica. El platillo volante se convirtió en una fracción de segundo en un enorme globo de fuego de coloración verde azulada que arrojó una enceguecedora y extrañamente fría luz sobre el dilatado prado musgoso. Esta bola de fuego ascendió un centenar de metros semejante a un nuevo sol y se extinguió a los dos segundos en mitad de un silencioso chisporroteo. Con las pupilas quemadas por el brillo de aquel fantástico globo de fuego, los terrícolas quedaron unos momentos deslumbrados hasta que el día, súbitamente oscuro, fue cobrando nueva luz ante sus ojos sorprendidos. —¡Bravo, Lewis! —rugió la voz del coronel Whitted por los auriculares—. ¡Ha sido un tiro perfecto! ¿Dónde aprendió a manejar una ametralladora? —En Corea, mi general —contestó Lewis—. Tirando contra los Mig de fabricación soviética. Entonces era soldado raso y estaba adscrito a una unidad antiaérea. Welby miró a la profesora. Pero ésta, lejos de sentirse molesta por la alusión a los cazas de fabricación soviética que intervinieron en la campaña de Corea, sonrió alegremente. Ni siquiera parecía haber oído la respuesta del teniente yanqui. El doctor cayó entonces en la cuenta de que todavía la tenía abrazada y la soltó. De aquí a allá iban surgiendo cabezas que miraban en dirección al centro del campamento. —¡Pueden acercarse! —dijo la voz del coronel Whitted. Alguien insinuó: —Seguramente hay más platillos volantes destacados en Marte. No sería natural que mandaran un solo aparato contra nuestra expedición. —¿Por qué no? —contestó Whitted— Uno solo bastó para aniquilar todas nuestras astronaves. Y hubiera acabado también con nosotros si en vez de dar con sus proyectiles en el tractor remolque acierta en la ametralladora antiaérea. Los expedicionarios miraron desconfiadamente hacia el cielo. Pero como de todas formas no podían permanecer inactivos indefinidamente esperando a un enemigo que tal vez sólo existía en su imaginación, empezaron a acercarse lentamente al campamento. Los matemáticos se marcharon sin acordarse de que la profesora Michailov estaba herida en una pierna y sin poder andar. —Bien —dijo Welby—. Tendré que llevarla en brazos como una niña. —Le advierto que peso mucho —dijo Miroslava. —Eso sería allá en la Tierra, pero no aquí en Marte —contestó Welby. Y tomándola en brazos la levantó con facilidad, porque la profesora pesaba entonces alrededor de unos 20 kilogramos. Con la rusa en brazos Welby regresó al centro del campamento. Allí, los expedicionarios formaban silencioso corro en torno a los restos del destrozado tractor remolque. La cabina de éste había volado completamente, y con ella quedaban destruidas buena parte de las provisiones que llevaba almacenadas. La situación se hacía más precaria para los infortunados hijos de la Tierra. —Recojan todos los

víveres que encuentren por ahí —murmuró el profesor Tassone. El grupo se disolvió lentamente.

CAPÍTULO VI

Los expedicionarios, privados ahora del confortable refugio del tractor remolque, veían limitado el espacio donde podían descansar desembarazados de sus trajes y sus molestas escafandras. La profesora Michailov, el doctor Welby y los dos físicos rusos, Kamenev y Utjasov, tuvieron que alojarse en adelante en la reducida cabina de los conductores del tractor atómico. Reanudando los cálculos interrumpidos por el ataque del platillo volante, la profesora Michailov y sus colegas norteamericanos determinaron que uno de los cohetes planeadores podía abandonar la superficie del planeta Marte y, surcando el espacio por la inercia del impulso tomado, llegar hasta una órbita de satélite alrededor de la Tierra en un viaje que duraría dos meses. Estas condiciones implicaban la eliminación de todo aquello que sin ser vital para la supervivencia de los tripulantes ocupara un espacio susceptible de ser utilizado para llevar combustible. Por lo tanto, debía prescindirse del pesado y voluminoso reactor atómico que ocupaba un tercio de la cabina y de los grandes tanques de agua rellenando ambos espacios con hydrazin. Eliminando también los grandes planos sustentadores que ahora resultaban inútiles, y haciendo lo mismo con timones, tren de aterrizaje, literas, cámara de acceso al aparato y aparatos de los que pudiera prescindirse, se calculaba que al menos 20 pasajeros podrían ocupar la cabina para realizar el viaje de regreso a la Tierra. Esto en teoría. Porque en realidad surgía inmediatamente un obstáculo insuperable; es decir, el del oxígeno que 20 hombres necesitarían para respirar durante los dos meses que duraría el viaje. Podía meterse a 20 hombres en el aparato y enviarlos a la Tierra con raciones mínimas de provisiones, pero lo que no podía hacerse era reducir la dosis de oxígeno que estos astronautas necesitaban, de la misma forma que era posible reducir a un mínimo las raciones de alimentos. Al eliminarse la pila atómica y los pesados tanques de agua, se destruía también la fuente de oxígeno que la pila proporcionaba extrayéndolo del agua por electrolisis. Por lo tanto, los tripulantes del cohete tenían que llevar su oxígeno almacenado en botellas o depósitos, con lo cual se producía otra adición de peso con la consiguiente sustracción de espacio. Los ingenieros idearon entonces practicar una escotilla directamente en la cabina del piso medio de la esfera-cabina y rellenar todo el compartimiento del piso alto o pañol con oxígeno a presión. En la misma cabina y alrededor de los asientos de los pilotos se colocarían filas de tubos de oxígeno. La señorita Michailov hizo nuevos cálculos y a la vista del resultado dictaminó que solamente dos tripulantes podrían hacer el viaje hasta la Tierra con todo el oxígeno

que era susceptible de almacenarse por este sistema. Ante tan desoladores resultados los expedicionarios sintieron flaquear sus fuerzas. —Para que solamente dos de nosotros puedan llegar a la Tierra no merece la pena emprender un trabajo tan enorme —dijeron algunos espíritus poco animosos—. Aunque nos mandaran socorros de la Tierra en el Término de un año, la expedición que viniera en nuestro auxilio sólo encontraría nuestros cadáveres. Podríamos resistir sufriendo durante un año el tormento del hambre si al menos la mitad de nosotros emprendiera ese viaje. Pero dos bocas de más o de menos ¿qué representan al fin? ¿Vivir una semana más? ¿Alargar nuestro suplicio un día? —Vivir siquiera fuese un día más debiera bastarnos para emprender ese trabajo —contestó el profesor Tassone con sequedad—. Pero eso no es todo. Ese viaje tiene que hacerse y el cohete tiene que llegar a la Tierra para dar cuenta de nuestro descubrimiento. La Humanidad terrícola necesita saber que existe otro mundo análogo al suyo más allá del Sol y en ese mundo, con toda probabilidad, una segunda Humanidad hostil a la nuestra. —¡Oh, eso ni se discute siquiera! —aseguró el robusto corones Whitted apoyando significativamente la mano en la culata del revólver que asomaba por su pistolera—. Todos los que participamos en esta expedición lo hicimos voluntariamente y a sabiendas del riesgo que corríamos. Nuestra misión consistía principalmente en confirmar o negar definitivamente la existencia de otro mundo idéntico al nuestro. Y yo les aseguro que esa misión se cumplirá pese a quien pese, aunque tenga que eliminar a tiros a esa mitad de cobardes sin la cual podríamos sobrevivir los demás. La amenaza del coronel no fue echada en saco roto. Quizás había ya mucha gente pensando que la única forma de que 20 hombres se salvaran consistía en eliminar a los otros 20 o 25. Y posiblemente nadie quería dar pie a que se le eliminara poniendo por pretexto su insubordinación. No era cosa de tomar a broma las palabras del terrible coronel yanqui. Así pues se trazaron los planes definitivos y empezó a trabajarse en los dos cohetes planeadores. Mientras tanto, el profesor Tassone y el equipo de astrónomos proseguían sus investigaciones acerca del nuevo mundo recién descubierto. Cada día, estas investigaciones aportaban nuevos datos que corroboraran la teoría del doctor Welby, el cual insistía en que los platillos volantes vistos en la Tierra procedían de aquel desconocido planeta. La masa del nuevo mundo era sorprendentemente idéntica a la de la Tierra. Y asimismo eran iguales su diámetro y la composición de su atmósfera. Oxígeno, nitrógeno y vapor de agua se daban en aquel mundo en proporciones iguales que en la Tierra. Las fotografías tomadas, aunque de forma imprecisa, parecían señalar la existencia de océanos y continentes como en la Tierra. Sus casquetes polares estaban asimismo cubiertos de hielo. La

temperatura medida por los astrónomos correspondía fielmente a la terrestre. —Parece increíble —murmuraba el profesor Tassone a cada paso. Y luego añadía—: Si no supiéramos de fijo que ese mundo no es el nuestro podríamos confundirlo con la Tierra. Es nuestro sosias perfecto. Con el transcurso de los días iban haciéndose más calurosos y largos los días marcianos. Los operarios disponían de más horas para trabajar y los reformas en el cohete que debería emprender el viaje de regreso a la Tierra progresaban rápidamente. Después de un mes de constantes observaciones el equipo de astrónomos había reunido una serie de datos sumamente precisos sobre el nuevo mundo. —En cierto modo —decía el profesor Tassone examinando el sumario— nuestro trabajo resulta inútil. Los datos que hemos adquirido no difieren en absoluto de los que se lograrían tomándolos de nuestro propio mundo. Con asegurar que ese planeta es idéntico al nuestro estaba dicho todo. Un mes más tarde el cohete quedaba listo para recibir a bordo el combustible, el oxígeno y los tripulantes que deberían emprender el viaje. Hasta este momento se ignoraba el nombre de los dos afortunados astronautas que regresarían a la Tierra. Se daba por supuesto que uno de ellos sería un piloto y entre éstos se contaba como más seguros candidatos a los dos comandantes de los planeadores cohete, aunque también habían tres copilotos, uno de los cuales era el teniente Lewis. Respecto al acompañante creían unos que el puesto se cedería galantemente a la profesora Miroslava Michailov, por ser ella la única mujer de la expedición. Pero muchos aseguraban de antemano que se opondrían a esta caprichosa designación. Allí no cabían galanterías. Se trataba de un asunto de vida y muerte. La profesora rusa, al fin y al cabo, ¿no aceptó los riesgos que pudieran caberle como si se tratara de un hombre más? ¿No aseguraban los rusos que una mujer no se diferenciaba esencialmente de un hombre a la hora de insistir en que debía formar parte dela expedición? Pues que se fastidiara la Venus Astronauta y entrara en el sorteo como los demás. Para Welby, esta incógnita representó un tormento que sólo tendría alivio cuando se diera a conocer definitivamente el nombre del feliz mortal que acompañaría al piloto de la astronave. A estas alturas Welby se confesaba a sí mismo total y profundamente enamorado de la bella profesora de la Universidad de Moscú. En otras circunstancias, sin el desgraciado incidente que dejaba a toda la expedición prisionera de Marte o sin posibilidad alguna de que nadie pudiera salvarse, el doctor habría llamado aparte a Miroslava y le hubiera declarado sin ambages su amor. Welby tenía la seguridad de ser correspondido por la joven. Hubiera tenido que ser ciego para no ver el amor en los ojos de ella, en su actitud, en su voz y hasta en las mismas palabras que Miroslava pronunciaba. Este amor de la or gullosa profesora se había hecho ya tan evidente que no era un secreto para nadie "que andaba

loca por el doctorcillo". Pero Welby, haciendo oídos sordos a las frecuentes alusiones de sus compañeros, simulaba no darse cuenta de ellos y rehuía tácitamente toda ocasión de provocar una declaración entre él y la profesora. —Pero, amigo Welby —le dijo un día el profesor Keystone enchufando la clavija de su radioteléfono al altavoz del doctor—. ¿Está usted ciego que no ve a la pobrecita profesora suspirando por sus pedazos? —No es cosa de tomarlo a broma, Keystone —repuso Welby. Maldito si me hace gracia oír hablar del enamoramiento de esa muchacha. —¡Toma! Yo creí que a usted le gustaba llevarla tras sí como un perrillo faldero. —La señorita Michailov no es un perrillo —protestó Welby. Y Keystone contestó: —A ver si me entiende, hombre. Lo que quiero decir es que la profesora ha dejado de ser quien era. La ha fascinado usted. ¿Recuerda el día que se la presenté allá en White Sands? Nadie diría que esta mujer tan simpática y amable es la misma que antes nos miraba como a bichos raros. La señorita Michailov no contaba con muchas simpatías cuando aterrizamos en Marte, pero de dos meses a esta parte se ha ganado muchos afectos. Quien más quien menos, todos nos sentimos un poco enamorados de ella y celosos de la suerte de usted. ¿Qué pasa? ¿Es que no le gusta la profesora? —¡Si me gusta! —exclamó Welby desconsolado—. Estoy loco por ella, ¿no lo comprende? —Francamente, no. —Pues es bien sencillo. Ella será designada sin duda para ocupar el asiento libre junto al piloto del cohete que ha de regresar a la Tierra. Si yo le dijera a Miroslava que la amo, ella rechazaría quizás ese asiento para quedarse conmigo. Pero los que nos quedemos en Marte ignoramos lo que será de nosotros, si recibiremos auxilios, si nos salvaremos o moriremos. Si por nuestra mala suerte nos viéramos condenados a morir de hambre, yo nunca me perdonaría haberla arrastrado conmigo a nuestro futuro incierto. Pero si yo le confesara que la amo y ella aceptara ese pasaje… ¡tampoco me gustaría que ella prefiriera la salvación cierta que le ofrece ese asiento a la incertidumbre del destino que nos aguarda a los demás! —Verdaderamente —murmuró Keystone— ambas cosas son malas. —Por lo tanto he de dejarla decidir sin que yo influya en su decisión… —Yo creo que no podrá impedir que su persona influya en la decisión que finalmente adopte esa muchacha. —Ella se sentirá despechada y aceptará el pasaje si se le ofrece —aseguró Welby. Y en esta confianza procuró mostrarse indiferente con la profesora Miroslava Michailov. Pero como le costaba hacer un gran esfuerzo para que el amor no trasluciera en sus ojos o brotara espontáneamente de sus labios, lo que en realidad hizo Welby fue mostrarse hosco y áspero con la bella. La cual acabó por adoptar a su vez una actitud orgullosa de mujer ofendida en lo más profundo de su dignidad. Así llegó el día en que se inició el trasiego del combustible de los tanques de un cohete al otro.

Los hombres se movían con lentitud, como si quisieran prolongar por unas horas más la presencia de la astronave en Marte y, consiguientemente, la débil esperanza que todos alentaban de ser asignados por la suerte para ocupar un asiento en el cohete salvador. Sin embargo, estas esperanzas se dispersaron cuando a la caída de la tarde, apenas terminado el trasiego de combustible, se vio venir al coronel Whitted, al profesor Keystone, al doctor Arthur Welby y otros cuatro o cinco sabios de la plana mayor científica armados de rifles y pistolas. Al frente del grupo venía el profesor Tassone, el cual llamó a reunión a toda la gente. Mientras los hombres acudían desde todos los ángulos del campamento, el piquete de hombres armados fue al tractor atómico y regresó dando escolta a la profesora Miroslava Michailov, que ya restablecida de su herida en la pierna podía andar con plena normalidad. Los expedicionarios comprendieron o creyeron comprender lo que ello significaba y en los auriculares de Welby y sus compañeros armados mosconeó un murmullo de descontento. —¡Oiga, profesor Tassone! —gritó un mecánico— ¿Significa esto que han decidido ustedes darle el asiento del pasajero a esa mujer? Y se escuchó un coro de acaloradas protestas. —¡Calma... guarden silencio, por favor! —gritó Tassone dando manotazos en el aire. Cuando finalmente se hizo el silencio, el piquete armado y la profesora Miroslava Michailov estaban junto al jefe de la expedición. —Creo —dijo Tassone— que nadie dudará que si sólo hay un asiento para un pasajero debe ocuparlo la única mujer de la expedición. Pero las palabras de Tassone eran sólo una invitación a mostrarse galantes. Si él hubiera creído que nadie podía dudar de esta designación no habría protegido a la profesora con un piquete de hombres armados. —¡Déjese de monsergas, profesor! —gritó una voz anónima a través de los auriculares—. La vida de cualquiera de nosotros vale por lo menos tanto como la de una mujer. Y otra voz gritó: —Nadie la llamaba a meterse en una empresa de hombres. ¡Qué entre en el sorteo de ese asiento como todos los demás! —Por favor, caballeros —dijo Tassone imponiendo silencio con un ademán—. Piensen en la deplorable opinión que formarán de nosotros en la Tierra cuando se sepa que hemos tratado a una débil mujer con tan vergonzosa falta de cortesía. —¿Quién dijo que esa mujer es débil? —chilló una voz— ¡Bien aseguraban los rusos que sus mujeres eran tan robustas como nuestros hombres cuando nos la impusieron como compañera! —¡Eso, eso! —exclamaron un coro de voces. —No importa que la profesora Michailov sea fuerte o débil —dijo Tassone con voz en donde temblaba contenida indignación—. Desde que el mundo es mundo el hombre ha considerado siempre a la mujer como un ser más débil y así la ha mimado y cuidado. El hombre que regrese a la Tierra ocupando el asiento de esta mujer esperará inútilmente ser recibido

con agrado. La sociedad le repudiará como al más vil de los cobardes. —Cualquiera preferirá ser un cobarde vivo a un galante caballero difunto —gritó una voz. Y el vozarrón de Whitted bramó exasperado: —¡No habrá cobardes vivos que viajen hasta la Tierra! Nosotros hemos decidido ya, y hemos decidido que la señorita Michailov vaya a la Tierra. ¡Que levante una mano quien no esté de acuerdo! Uno de los que estaban cerca del coronel levantó una mano. Rápido como el relámpago, el coronel empuñó su revólver. Aquel alma de cántaro comprendió demasiado tarde la torpeza cometida y dio un prodigioso salto hacia atrás. Una mano apresó la muñeca del coronel Whitted cuando éste apretaba el garillo y el balazo fue a hundirse en el suelo a los pies del descontentadizo. Whitted se volvió furioso contra el que le había detenido la mano y entonces se encontró ante la señorita Miroslava Michailov. —¿Se propone usted asesinar a todos los que no estén de acuerdo con su manera de elegir al futuro viajero? — preguntó la profesora. El coronel masculló algunas palabras ininteligibles, y la joven prosiguió volviéndose hacia el profesor Tassone: —Lamento haber contribuido a este desagradable incidente. Si al menos me hubieran advertido antes lo que se proponían hacer, les hubiera dicho que no deseo en modo alguno recibir trato distinto de los demás. Es más: ni siquiera deseo tomar parte en el sorteo de ese asiento. —¿Qué dice usted? —gritó Whitted furioso—. ¿Se ha vuelto loca? —Me ofrezco voluntariamente a quedarme en Marte —insistió la joven secamente. Y en el pecho del doctor Welby, el corazón saltó con prodigiosos brincos de alborozo. —Supongo que lo habrá pensado usted bien —le dijo Tassone. —Sí. Siguió una larga y deprimente pausa. Muchos de los que antes habían protestado por la caprichosa elección del jefe sentíanse ahora avergonzados. Pero otros debieron considerar que la profesora Miroslava Michailov hablaba así por puro afán de alardear de héroe. Y uno de estos gritó: —¡Mejor! ¿Hay alguien más que quiera quedarse voluntariamente en Marte? —¡Sí, yo! —gritó Welby levantando un brazo en el aire y dando un paso al frente. Escucháronse algunos murmullos. A través del cristal azul de su escafandra, las glaucas pupilas de Miroslava relampaguearon al mirarse en las grises y rientes del doctor Welby. —Bien —dijo Tassone, a todas luces sorprendido—. El coronel Whitted, los profesores Keystone, Lee, Reddy, Lannius y yo hemos decidido de antemano no entrar en el sorteo de ese asiento. Pueden proceder al sorteo de los demás excluyendo nuestros nombres. El nombre del piloto se sorteará también entre los cinco disponibles. Los que antes fueron copilotos también pueden hacer de pilotos. No sería justo excluirlos de la lista. —Para simplificar más las cosas —dijo el coronel — yo tendré en el puño tantos mondadientes como aspirantes hay al puesto de viajero. Habrá un mondadientes más corto que todos los

demás. El asiento será para aquel que lo coja. Se hizo así. El coronel contó tantos mondadientes como aspirantes había al asiento, excluyendo a los cinco pilotos que se sortearían aparte. Rompió uno de los mondadientes por la mitad y los ocultó todos en su enorme puño. Los hombres formaron cola y empezaron a pasar uno por uno. Algunos se detenían antes de decidirse. Se les veía vacilar, como si pretendieran descubrir con la mirada el palillo salvador. Finalmente tomaban el extremo de uno y tiraban de él; unos con rapidez, otros con exasperante lentitud. Al ver la longitud del palillo mascullaban una maldición y lo tiraban al suelo con furia. Otros avanzaban con nerviosa impaciencia, tomaban uno al azar y lo sacaban. Luego se situaban en silencio detrás del coronel sin pronunciar palabra. El grupo fue pasando así sin que apareciera el palito salvador. Los que estaban al final de la cola, que al principio se habían considerado desgraciados por creer que contaban con menos probabilidades de extraer el mondadientes salvador, se agitaban ahora a medida que decrecía el número de palitos sin que apareciera aquel tan ansiado. Ya sólo quedaban tres hombres en la cola, y aquellos eran contemplados con envidia por todos los demás. Uno entre tres ¡esto era saber casi con certeza a quién le tocaría la suerte! Pasó uno. Antes de decidirse cruzó los dedos de la mano. Eligió, tiró y... ¡largo! Un murmullo de excitación corrió a lo largo del grupo de hombres. Los dos que quedaban se miraron fijamente, como mortales enemigos. —Pasa tú primero —invitó el penúltimo. El que estaba el último accedió. Avanzó tambaleándose, sacudidas las piernas por un temblor epiléptico. Alargó la mano... se detuvo. —¡No! —gritó retrocediendo— ¡Tú primero! El otro se adelantó refunfuñando. Se quedó mirando a los dos aguzados palitos que asomaban entre los dedos del coronel. —¡Al diablo! —gritó. Y sacó un palito. —¡¡¡LARGO!!! —exclamaron un coro de voces. El hombre se arrojó al suelo barbotando maldiciones y el otro se desmayó de la emoción. Cuando volvió en sí al cabo de unos minutos fue para ver a través del cristal de su escafandra al coronel Whitted que le mostraba un mondadientes cortado mientras decía: —Tome, amigo. Se lo ha ganado usted. El afortunado, un canadiense llamado Billop, fue puesto en pie por sus compañeros y, entre apretones de manos y golpecitos amistosos en la espalda, acompañado hasta el pie de la escalera adosada bajo la escotilla del cohete. Mientras tanto, los cinco pilotos se echaban suertes para ver a quién correspondía guiar el cohete hasta la Tierra. El teniente Lewis fue invitado a sacar primero. Lewis se santiguó, cogió uno de los mondadientes por un extremo y tiró de él. Era corto. La suerte se había decidido aquella vez rápidamente. Los cuatro pilotos restantes estrecharon la mano de Lewis felicitándole entre resignados y envidiosos y le acompañaron hasta donde estaban el profesor Tassone

y la plana mayor de la expedición. Tassone le entregó el diario donde se habían consignado los datos obtenidos tanto sobre el planeta desconocido como sobre el propio Marte. —Haga llegar este documento hasta la Comisión Investigadora Astronómica de las Naciones Unidas. Describa también cuál es nuestra situación en que quedamos aquí y diga que resistiremos con fe y esperanza hasta el último segundo. Nuestro destino queda en manos de lo que las Naciones Unidas decidan hacer. Adiós. Buen viaje. Lewis estrechó emocionado las manos de todos sus compañeros. Al llegar ante Welby y la profesora Miroslava Michailov se detuvo. —¿Quiere algún recado especial para su familia, señor Welby? —preguntó. Y Welby contestó apretando la mano enguantada de la rusa entre las suyas. —Sí. Dígale a mi padre que me he casado… en Marte. —¡Ah! —exclamó Lewis— ¿Han llegado a un acuerdo por fin? —No lo sé —repuso Welby—. No le he preguntado a la señorita Michailov si quiere ser mi esposa, pero… —Sí quiero —contestó la joven con rapidez. Y Welby dijo sonriendo: —Ya lo ha oído usted, Lewis. Espero que el profesor Tassone pueda celebrar esa boda. —Sin duda puede hacerlo —aseguró Lewis—. Como jefe de la expedición y a ejemplo de los capitanes de barco en alta mar, el profesor tiene atribuciones para casarles a ustedes. El doctor y la profesora de la Universidad de Moscú cambiaron una mirada a través de los cristales de sus escafandras. —Bueno —dijo Lewis—. Espero que resulte una boda muy lucida. Adiós. Hasta que volvamos a vernos. El joven piloto echó a andar hacia la aeronave. Al pie de ésta recibió de manos del fotógrafo de la expedición un rollo de películas tomadas durante el viaje y la estancia de la expedición en Marte. Luego trepó ágilmente por la escalerilla en busca de la portezuela de acceso a la cabina. Al llegar arriba se volvió para saludar con la mano a los que quedaban en el fantástico prado morado de Marte, a 60 metros por debajo de él. Un bosque de brazos que se agitaban lentamente en el aire le contestaron desde tierra. Lewis entró en el aparato cerrando la escotilla tras sí. —¡Retiren la escalera! —gritó una voz en los auriculares de los que se quedaban en Marte. Unos cuantos hombres se adelantaron hasta el pie de la astronave y empujaron la larga escalera metálica derribándola al suelo. —¡Retírense todos! El grupo volvió las espaldas al cohete, erguido verticalmente en el suelo, y se alejó con lentitud en pos de las huellas del tractor atómico. El cohete parcialmente desmantelado, que quedaba como refugio de la expedición, ya había sido remolcado a prudencial distancia. A un kilómetro del cohete el grupo se detuvo mirando al aparato. En todos los auriculares se escuchó la voz de O'Neill que contaba: —Un minuto… cincuenta y nueve segundos… cincuenta y ocho… Arthur Welby y la profesora Michailov se encaramaron sobre el tractor. Cuarenta y cuatro pares de ojos velados

por las lágrimas permanecían fijos en el gigantesco huso metálico. Junto al tractor atómico, el ingeniero O'Neill levantó la mano derecha en tanto seguía con los ojos el avance de la manecilla de su cronómetro. —Ocho… siete… seis… cinco… cuatro… tres… dos… O'Neill bajó el brazo. Junto a él, uno de sus ayudantes impulsó hacia abajo la palanca de un deflagrador eléctrico. Un mazo de llamas salió por las toberas de los motores del cohete. La astronave se elevó con la majestuosidad característica de las armas V-2, muy lentamente al principio, cobrando velocidad rápidamente. El esbelto proyectil de titanio subió verticalmente en el cielo dejando atrás un chorro de llamas de 50 metros de longitud, aceleró progresivamente y empezó a empequeñecerse en el espacio. Breves segundos más tarde no era más que un puntito brillante a los rayos del sol poniente… Luego un chisporroteo en el espacio oscuro… luego, nada. —¡Adiós… adiós! —murmuraron varias voces a través de los auriculares. Luego se hizo un largo y dramático silencio. —Amigos —dijo el profesor Tassone—. No sabemos si alguna vez recibiremos auxilio, pero todos nuestros esfuerzos deben encaminarse a partir de ahora hacia un solo objetivo. Resistir. Resistir, pase lo que pase, todo el tiempo posible… hasta el último aliento. Dios se apiadará de nosotros. —Así sea —murmuraron algunas voces religiosamente. El grupo regresó lentamente hacia el planeador cohete. Sobre la cabina del tractor atómico, renqueante a través de la pradera morada, el doctor Welby y la profesora Miroslava Michailov veían ocultarse el sol tras la dilatada llanura marciana. Un viento gélido y huracanado empezaba a soplar desde Oriente barriendo la desolada superficie del enigmático Marte.

FIN